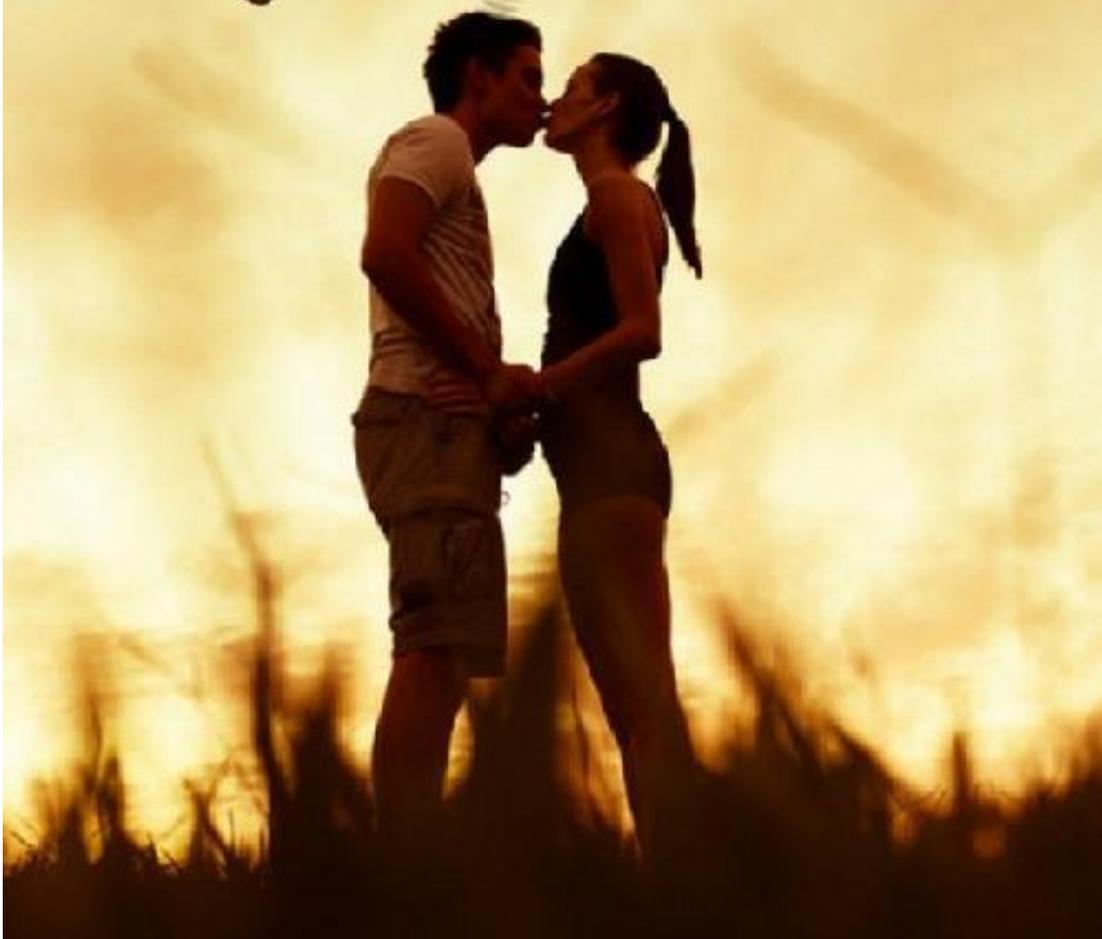


OLIVIA KISS

Besos #3

*Solo  
un beso para  
encontrarte*



Solo un beso para encontrarte

Olivia Kiss

*Besos, 3*

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?

# Contenido

Solo un beso para encontrarte

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

EPÍLOGO

(Un año más tarde)

Ya a la venta...

Ya a la venta

Ya a la venta

# 1

Logan Quinn había vuelto al pueblo.

No sería un acontecimiento para Hollie si no se tratase de una de las personas que más odiaba en el mundo, y eso que ella no solía sentir ese tipo de sentimientos nocivos hacia nadie, porque tenía tendencia a perdonar incluso a aquellos que no se lo merecían. Sin embargo, por alguna razón, no podía hacerlo con Logan y, cuando supo que había regresado a Sound River, el pueblo en el que vivía y habían crecido de pequeños, deseó que el mundo se congelase en ese mismo momento, porque la mera idea de tener que cruzarse con él un día cualquiera, le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

Cuando Hollie Stinger era una niña, tenía que aguantar diariamente las burlas de algunos compañeros de clase. Logan formaba parte de ese grupo de indeseables que solían meterse con ella; le quitaban el almuerzo durante la hora del recreo por el mero placer de hacerlo, se reían de sus gafas de pasta y de su aparato, la llamaban *rarita* o *tonta* y, en resumidas cuentas, se dedicaban a amargarle la vida. Sin embargo, por aquel entonces, cuando ella todavía era demasiado inocente para aceptar algunas realidades, creía ver *algo más* en Logan. Que debajo de esa capa dura y de ese gesto hosco se escondía un chico de buen corazón. O que sus ojos, de un color verde intenso como las hojas de los árboles en verano, transmitían algo especial.

Tuvo que vivir en su propia piel la humillación más grande de su vida para convencerse de que no; más allá de una cara bonita y una sonrisa seductora, Logan Quinn estaba vacío.

—Cielo, ¿seguro que va todo bien? —Amber y Katie, sus dos mejores amigas, la miraban con gesto de preocupación—. Hola, tierra llamando a Hollie, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona, pensaba... en mis cosas —repuso rápidamente—. ¿Qué decíais?

—Hablábamos de los vestidos de dama de honor. Tendremos que mirarlos dentro de poco por si después necesitamos margen de tiempo para hacerles algún que otro retoque.

—Perfecto, por mí no hay problema.

Katie iba a casarse con James, el hermano de Amber, en un par de meses. Las tres amigas llevaban semanas ultimando los detalles de la boda, que sería sencilla y a orillas del río que cruzaba la propiedad que los Faith regentaban en el rancho familiar. Hollie no podía sentirse más feliz por ella. También por Amber, que, desde hacía poco tiempo, había encontrado el amor entre los brazos de Ezra, precisamente el chico que, irónicamente, le había dado trabajo a Logan Quinn en su taller mecánico.

En cambio, Hollie nunca había conocido a ningún hombre que le hiciese perder la cabeza. Y eso era un gran problema porque... tenía veintisiete años y seguía siendo virgen. Al principio no le preocupaba. Cuando empezó a salir con chicos sin que la cosa fuese a más, pensó que ya ocurriría; sin embargo, poco después empezó a

forzarlo casi sin darse cuenta. La cuestión era que, cuando esas manos la tocaban y esos labios la besaban... ella no sentía nada. Ni deseo, ni un cosquilleo en la tripa. Nada de nada. Lo único que la embargaba era una sensación incómoda, porque no confiaba en los hombres. Así que, al final, terminaba parando la situación antes de que la cosa avanzase. Tras tantos fracasos frustrados, Hollie había decidido que lo mejor era dejar de tener citas que no la conducían a ninguna parte.

—Cariño, no te ofendas, pero estás en las nubes —le dijo Katie.

—No, es solo... que tengo muchas cosas en la cabeza. Ya sabéis, las clases en el instituto empiezan dentro de unas semanas y aún no he terminado de preparar al temario anual.

Aunque las cosas no le habían ido bien en el amor, Hollie había logrado cumplir otros sueños, como el de convertirse en profesora, algo que siempre había deseado. Le encantaba enseñar a sus alumnos y verlos crecer año tras año antes de que terminasen su graduado escolar y saliesen a comerse el mundo que los esperaba fuera.

—¡Todavía tienes tiempo! Seguro que siempre eres la primera que lo presenta.

—Amber tiene razón. —Katie le dio un trago a su café con leche—. Retomando el tema de la boda, ¿qué opinas de que los vestidos sean rosas?

—Que pareceré una tarta de fresa enorme.

—¡Hollie! —protestó Amber indignada.

—Solo digo la verdad. Creo que he engordado.

—Tú estás perfecta, cariño —insistió Katie.

—Mataría por tener tus curvas y tu trasero —añadió Amber.

—Y yo por ser tú y poder comer como un elefante sin engordar.

—Cielo, ¿qué te ocurre? —Katie dudó—. Pareces un poco alterada.

—Nada, es solo... —suspiró y al final lo soltó de golpe—. Logan Quinn.

Tanto Katie como Amber fruncieron el ceño a la vez. Las dos lo detestaban tanto como ella. De hecho, Amber le había pedido a su novio que lo despidiese, pero este se había negado diciéndole que merecía una segunda oportunidad. Al parecer, Ezra era la única persona en el pueblo dispuesta a dársela. Logan se había ganado a pulso la fama de chico malo y problemático y ella no era la única que lo pensaba. Muchos de los vecinos de Sound River le dirigían miradas desdeñosas. Ninguno sabía bien dónde había estado durante todo aquel tiempo, aunque, según los rumores, cuando Logan desapareció de allí a los diecisiete años, fue porque terminó en un correccional de menores, algo que a Hollie no le sorprendía en absoluto. Es más, de haber tenido que hacer un examen sobre él y elegir entre varias opciones como su futuro más probable, se habría decantado por esa sin dudar.

Por el contrario, la vida de Hollie y su futuro, había sido un camino sin sobresaltos. Tras graduarse con honores y obteniendo la máxima nota de su promoción, se había ido a la universidad y, años después, obtuvo un puesto como profesora en el instituto del pueblo.

—¿Qué voy a hacer? No soporto la idea de verlo...

—Tú no tienes que hacer nada, Hollie. Es él quien debería sentirse avergonzado y evitarte después de lo que ocurrió, así que nada de bajar la cabeza —replicó Amber.

—Tienes razón. Es verdad. —Cogió aire y se levantó—. Chicas, creo que me voy a ir ya. ¿Nos vemos mañana para tomar una copa por la noche? —Las dos asintieron y Hollie se despidió de ellas dándoles un beso en la mejilla y saliendo de la cafetería.

El viento le aclaró las ideas cuando empezó a caminar.

*Lo que ocurrió...* seguía siendo un tema espinoso para Hollie. A pesar de haber recibido numerosas burlas e insultos desde que tenía uso de razón, lo que le pasó con él fue con diferencia lo más humillante que podía recordar.

Él la había invitado al baile de fin de curso.

A Hollie le sorprendió que lo hiciese, porque él nunca le había prestado demasiada atención, pero quiso creer que estaba en lo cierto cuando pensaba que Logan era un chico atormentado dispuesto a cambiar. Así que le contestó que sí. No le contó nada a nadie, tal como él le pidió y, para la noche del baile, se gastó todos sus ahorros en un vestido de color azul claro que había visto semanas atrás en el escaparate de una tienda. Por primera vez en mucho tiempo, Hollie se vio guapa mirándose al espejo y se convenció de que Logan podía estar interesado en ella, porque, a fin de cuentas, tenía ciertas virtudes; Hollie sabía que era lista y aguda a la hora de conversar, también tranquila, paciente y optimista.

Logan la recogió delante de su casa. Cuando ella salió, él ya estaba esperándola apoyado en el lateral del coche con los brazos cruzados; llevaba puestos unos pantalones de vestir y una camisa por dentro arremangada hasta los codos, lo que le daba ese aire informal y despreocupado que solía rodearlo. Hollie le sonrió, nerviosa. Y Logan correspondió el gesto antes de rodear el coche y abrirle la puerta del copiloto.

Una vez dentro del vehículo, él se desvió de la ruta.

—Te has pasado la calle que va al instituto —dijo ella.

—He pensado que podríamos hablar un rato antes, a solas. Conocernos, ya sabes. —A Hollie le pareció que él estaba un poco nervioso, pero no dijo nada mientras avanzaban y dejaban atrás el pueblo hasta desviarse en un claro del bosque cerca de unas mesas en las que la gente joven solía reunirse por las noches para beber y charlar. Logan apagó el coche y la miró de reojo. Una mirada inquieta—. Así que... aquí estamos.

—Eso parece... —A Hollie le sudaban las manos.

Logan encendió la radio del coche, sin saber qué decir, y empezó a sonar una balada de los ochenta. Cambió de emisora y el ritmo de una canción de Los Rolling Stones los sacudió.

—Deja esta —opinó Hollie rápidamente.

—¿Te gustan? —Él alzó la ceja, sorprendido.

—Claro, ¿por qué te sorprende?

Logan apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, frunció el ceño y pareció pensarse las palabras antes de decirlas. Ella se fijó en lo guapo que era de cerca, porque nunca antes lo había estado tanto, y a solas. Logan tenía el pelo oscuro y desordenado, un rostro masculino y unos ojos verdes que recordaban a los de un felino.

—Pensé que a ti te iría más otro tipo de música.

—Quizá no deberías juzgar así a los demás.

—Quizá... —Contuvo el aliento, más nervioso aún que antes, lo que era chocante, porque Hollie no recordaba haber visto jamás así a Logan—. Cuéntame más cosas de ti que no sepa.

—Bueno... me encantan los caracoles.

—¿Los caracoles? —parpadeó alucinado.

—Sí, es mi animal preferido. No llama mucho la atención, pero a mí me parece muy gracioso. Va con su casa a cuestras y se esconde... cuando se siente intimidado. —Hollie apartó la mirada de él cuando se dio cuenta de que estaba revelando demasiado sobre sí misma—. Y, como te decía, también me gusta el rock.

—Pues ya tenemos algo en común.

—Debo admitir que a ti sí te pega.

—¿Acaso eso no es también juzgar?

—Tienes razón. —Hollie se echó a reír.

Estuvieron un rato hablando sobre diferentes grupos y canciones. Cuando Hollie quiso darse cuenta, se percató de que nunca había estado tan relajada con un chico y le resultaba curioso que precisamente se sintiese así con alguien tan intimidante como Logan. Ella sabía que muchas compañeras de clase ni siquiera se atrevían a dirigirle la palabra y que, las que lo hacían, terminaban titubeando al final de una frase, porque tenía una mirada penetrante que dejaba sin aliento y no era muy dado a sonreír con amabilidad.

—No me imaginaba esto —confesó poco después.

—¿El qué? —Logan la miró fijamente.

—Que congeniaríamos bien. Gracias por invitarme al baile. Eso tampoco me lo habría imaginado jamás. Quiero decir, que no pensé que... bueno, soy consciente de que podrías haber ido con cualquier otra chica del instituto y yo... sé que no soy precisamente un diez y que tú eres popular y todo eso, pero...

No pudo decir nada más. Porque, en ese momento, tras dirigirle una mirada atormentada que ella no supo descifrar, él se inclinó hacia su asiento y la besó. Ella jamás imaginó que un beso pudiese ser así. Logan presionó sus labios contra los suyos con suavidad antes de acariciarla con la lengua y lograr que se le escapase un gemido. A él pareció gustarle su reacción, porque la besó con más intensidad. Hollie hundió los dedos en su cabello y, cuando quiso darse cuenta, los dos estaban en el asiento trasero del coche.

Ella sabía que tenía que parar antes de que la cosa fuese a más, pero por primera vez en su vida se sentía deseada y atractiva y cada vez que las manos de Logan la acariciaban sentía un hormigueo entre las piernas que empezaba a resultar insoportable.

Logan se separó de ella un segundo para quitarle las gafas y dejarlas a un lado, debajo del asiento. Hollie se quedó sin respiración cuando él la miró con lentitud mientras su mano ahuecaba uno de sus pechos y subía lentamente hasta el tirante del vestido. Temblando, dejó que él lo deslizase con suavidad por su hombro.

—Eres preciosa —le susurró al oído.

Hollie se apretó más contra él, pero, contra todo pronóstico, Logan se alejó un poco de ella y su expresión se tornó seria y tensa. Le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Qué te ocurre, Logan?

—Esto... esto no es... Yo...

Pero antes de que él pudiese decir nada más, Hollie escuchó las voces alrededor del coche y las manos golpeando los cristales. Se bajó la falda arrugada y se colocó bien el tirante del vestido a toda prisa antes de incorporarse como pudo y tantear el suelo del vehículo con las manos para encontrar sus gafas. Tras ponérselas, pudo distinguir que los chicos que acababan de rodearlos eran amigos de Logan, aquellos a los que ella intentaba no acercarse jamás en el instituto. Abrieron las puertas y algunos se metieron dentro.

—¡Ha cumplido la apuesta! —gritó uno de ellos.

—Ha desvirgado a *la cerebrita* —dijo otro riéndose.

Hollie deseó que la tierra se abriese a sus pies y que se la tragase en aquel mismo instante. Casi no podía ni respirar y le picaban los ojos por las ganas que tenía de llorar.

—No, joder, no es verdad. No ha ocurrido nada —admitió Logan.

—¿Has perdido la apuesta? —preguntó su amigo.

—Pues le debes cincuenta pavos a Marrik —dijo uno.

Ella estaba paralizada. Todo encajó. Una apuesta.

No supo cómo, pero consiguió abrir la puerta trasera y salir del coche. Tenía un nudo en la garganta y casi no podía mantenerse en pie por cómo le temblaban las rodillas, pero se obligó a dar un paso tras otro para alejarse de allí.

—¡Eh, Hollie, espera! —Logan salió tras ella—. Te acerco a casa. Vamos, sube.

—No te acerques a mí. —Esas fueron las últimas palabras que le dirigió a Logan Quinn en toda su vida, justo antes de echar a correr por el sendero que separaba el claro del bosque de las calles del pueblo. No miró atrás ni una sola vez.

Cuando llegó a su casa, tenía todo el maquillaje corrido, los ojos hinchados de llorar y el bajo del vestido roto y sucio. Caminó de puntillas para subir a su habitación porque no quiso despertar a sus padres y que se preocupasen por ella. Se desnudó y se metió en la cama antes de hacerse un ovillo.

Era la peor noche de toda su vida.

Por suerte para ella, unas semanas después del baile de fin de curso, Logan desapareció del pueblo sin dejar rastro.

Y para su desgracia, ahora había regresado...

Esa semana, Hollie se mantuvo ocupada organizando el temario del próximo curso que tenía que presentar. Aunque agradecía tener vacaciones, no estaba acostumbrada a disfrutar de tanto tiempo libre y menos ahora que Amber y Katie tenían parejas y que, inevitablemente, las veía un poco menos a pesar de que seguían quedando casi todas las tardes para tomar café. Una parte de ella tenía ganas de regresar a la rutina y tener más cosas que hacer.

El viernes, tal como había acordado, se reunió con Amber en el local donde trabajaba Katie como camarera, el único lugar del pueblo que era el sitio de reunión de la mayoría de gente joven, ya que ponían música actual y servían cócteles de todos los sabores.

Hollie no se molestó en arreglarse demasiado. Llevaba puesto un vestido veraniego con un estampado de flores y unas sandalias planas. Se recogió el cabello castaño claro en una coleta y se dirigió caminando hacia allí. Pero frenó en seco antes de llegar a la puerta, en cuanto vio al chico de aspecto rudo que estaba apoyado en la pared fumándose un cigarrillo. No había cambiado mucho; tenía el pelo oscuro y se ondulaba un poco en las puntas, la mandíbula varonil y fuerte y los ojos de un verde intenso y atrayente.

Ella se debatió sobre si debía dar media vuelta, regresar a su casa y esconderse allí como una cría. Pero luego recordó que tenía veintisiete años, que no había hecho nada malo y que esa noche estaba decidida a pasar un buen rato junto a sus amigos.

Así que cuadró los hombros, levantó la cabeza y se encaminó hacia allí decidida. Él levantó la vista cuando la vio y sus ojos la atravesaron, provocándole un escalofrío. Hollie giró la cabeza tras dirigirle una mirada de desprecio y entró en el local.

Amber estaba sentada en un taburete con un gin-tonic en la mano.

—Otro para mí. —Le pidió Hollie a Katie.

—Marchando. —Su amiga sonrió—. ¿Qué tal el día?

—Tranquilo. Como todos. —Se encogió de hombros.

—Vamos, alegre esa cara, cielo, que dentro de nada estás otra vez trabajando y echarás de menos esto, tener tiempo para ti misma —le dijo Amber.

—Ni siquiera sé en qué gastarlo.

—Pues en leer, en darte un baño de espuma, en ver una película... —enumeró Amber, pero se calló cuando su novio, Ezra, apareció tras ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal la noche, chicas? —preguntó.

—Bien, Hollie acaba de llegar —respondió ella.

—Os veo en un rato, entonces —dijo antes de darle otro beso y desaparecer entre la multitud con una cerveza en la mano.

Hollie le dio un trago largo a su gin-tonic.

—Creo que ha venido con Logan —comentó.

—¡No será capaz! —exclamó Amber abriendo los ojos—. Te juro que si eso es cierto...

—Amber, tranquila. Lo he visto antes en la puerta. Además, trabaja para él, es normal que se lleven bien, aunque estemos hablando del demonio. ¿Y sabes qué? Me da igual. Quiero que me dé igual, mejor dicho. He pasado por delante de sus narices al entrar.

—Estoy orgullosa de ti. —Amber la abrazó.

Sabía que su amiga era más sensible de lo normal y que, aunque aquello pudiese parecer una tontería a los ojos de los demás, para Hollie había sido importante. Esa noche, hizo todo lo posible para que se divirtiese. Se pidieron dos copas más, recordaron anécdotas de años atrás mientras Katie atendía a los demás clientes y, cuando estuvieron ya un poco achispadas, la animó a que se levantase para ir a bailar a la zona de la pista.

Hollie se dejó llevar. Alzó los brazos en alto, relajada, y movió las caderas despacio al ritmo de la música, sin ser consciente de que aquellos movimientos captaron la atención de una mirada verde que la contemplaba desde el otro lado de la pista.

Logan no podía apartar la vista de ella.

Le dio un trago a la cerveza sin dejar de mirarla. Hollie había cambiado mucho durante aquellos años. El vestido que llevaba se ajustaba a sus curvas y había algo atrayente en el hecho de que no se hubiese arreglado demasiado y llevase una coleta informal y sandalias planas, como si la idea de que ella no fuese consciente de su belleza la hiciese más atractiva a los ojos de los demás. Logan suspiró hondo, recordando la noche que la destrozó cuando solo era una cría inofensiva y demasiado inocente para su propio bien.

—¡Anima esa cara! —Ezra le dio un codazo—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Es este sitio, volver a estar aquí...

Logan sacudió la cabeza. La única persona de todo el pueblo que le había dado una oportunidad era Ezra, un chico que tan solo llevaba allí viviendo unos años y que, debido a ello, no lo había conocido cuando era joven. Todos los demás parecían evitarlo a toda costa. No es que él hubiese sido un buen chico, cierto, pero más allá de gastarles alguna broma pesada a sus vecinos, el percance con Hollie y ser un desastre en el instituto, no recordaba haber cometido ningún delito grave. Sin embargo, sabía que su fama venía precedida por otras cosas, como la familia inestable y problemática en la que se había criado, con un padre alcohólico que había tenido líos con casi toda la gente de por allí y una madrastra fría y callada con la que apenas había tenido relación. Y luego estaban los rumores...

Que si había estado en un correccional de menores. O en la cárcel. Que si había robado en una gasolinera a plena luz del día o si había golpeado a dos tipos al salir de un bar...

Logan no estaba dispuesto a sacarlos de su error ni mucho menos a confesar lo que realmente había estado haciendo durante todos aquellos años.

—¿Quieres que vaya a por una copa? —le preguntó Ezra.

—No, me marcho ya —contestó cuando advirtió a lo lejos que la novia de su jefe se acercaba hacia ellos caminando decidida. Otra persona que lo odiaba. Iba a batir un récord dentro de poco—. Nos vemos el lunes en el taller.

Se hizo un hueco entre la gente e intentó avanzar a trompicones por el medio de la pista. Sin querer, le pisó a alguien que dejó escapar un gemido de dolor antes de tropezar. Logan retuvo a la chica por la cintura para evitar que se cayese. Contuvo al aliento cuando tropezó con esos ojos de color chocolate que estaban llenos de ira. Hollie. Puede que no tuviese razones para ello, pero le enfadó lo que encontró en su mirada después de pasarse toda la noche aguantando que todo el mundo lo juzgase sin molestarse en conocerlo.

—Suéltame —siseó ella mordaz.

Él lo hizo. Apartó las manos de golpe.

—Tranquila, tendrían que pagarme mucho dinero para que quisiese tocarte. Creo que eso es algo que sabes por experiencia, ¿verdad?

Se arrepintió en cuanto vio cómo a ella se le humedecían los ojos, pero cuando deseó tragarse sus palabras ya era tarde, porque Hollie había salido corriendo antes de desaparecer entre la gente. Logan se quedó quieto en medio de la pista sintiéndose peor que nunca en su vida, cosa que no era fácil. Respiró hondo. No sabía por qué le había afectado tanto que ella entrase en el local mirándolo con desprecio o ese *suéltame* lleno de asco que acababa de dirigirle, pero sí sabía que en esa ocasión tendría que encontrar la manera de disculparse.

### 3

Logan se pasó todo el lunes trabajando en el taller y concentrado en los tres coches que tenía que arreglar. Era una de las pocas cosas que había aprendido durante la época que había pasado en California, después de largarse de allí para ir a la ciudad en la que vivía su madre y encontrar un empleo mal pagado en una multinacional de reparaciones.

Le resultaba sencillo y gratificante descubrir qué fallaba.

Se acercó al despacho de Ezra y llamó a la puerta con los nudillos antes de abrir. Su jefe estaba revisando unos papeles con gesto de concentración.

—Ya he acabado con el Jeep.

—Perfecto. Vete ya, si quieres.

—En cuanto a eso, ¿tú sabes dónde vive Hollie Stinger?

Ezra alzó la mirada hacia él y frunció el ceño.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Digamos que la volví a cagar con ella.

Ezra negó con la cabeza y chasqueó la lengua antes de apilar los papeles a un lado y pensárselo durante unos segundos. Suspiró sonoramente.

—La intención es arreglarlo, ¿verdad?

—Claro. Te lo juro —se apresuró a decir.

—Vale. —Cogió un bolígrafo para apuntar la dirección—. Toma. Y sé un buen chico, Logan —bromeó alzando las cejas y sonriendo.

Logan puso los ojos en blanco antes de salir.

Se acercó caminando hacia la calle que le había indicado. Mientras avanzaba, pudo sentir las miradas de algunos viejos conocidos, esos que daban por supuesto que se había pasado los últimos años metido en la cárcel o en algún sitio peor. Logan intentó no prestarles atención. Cuando llegó al edificio, un hombre salía con su perro tirando de la correa y él se apresuró a sujetarle la puerta y, luego, aprovechó para entrar sin llamar al telefonillo.

Subió las escaleras de dos en dos. Probablemente aquella era la peor idea del mundo, presentarse delante de su puerta así, pero llevaba años sin poder olvidar la mirada de esa chica durante la noche de fin de curso, porque, aunque no esperó que ocurriese, al besarla él se había sentido bien, pleno, quizá por lo cálida que era su boca o porque Hollie era una de las pocas personas que nunca lo había juzgado, a pesar de las veces que sus amigos se habían metido con ella y que él no había movido ni un dedo por defenderla. Pero, por supuesto, lo echó todo a perder el día que aceptó esa estúpida apuesta y le pidió que fuese al baile con él.

Cogió aire antes de llamar al timbre.

Ella abrió, pero, en cuanto lo vio, intentó cerrarle la puerta en las narices. Logan se apresuró a colocar la mano sobre la superficie de madera para impedirlo. Vio miedo en los ojos de ella y no le gustó descubrir que Hollie lo temía como hacían los demás.

—Espera —pidió—. Sera solo un minuto.

—Un minuto es demasiado para alguien como tú.

Logan apretó la mandíbula, aunque se lo tenía merecido.

—No sabía que fueses tan orgullosa.

—Ah, ¿es que acaso sabes algo de mí? —replicó ella alterada—. Creo recordar que hablamos dos o tres veces en más de una década, así que...

—Y sin embargo eso no impidió que aceptases mi invitación para ir al baile.

Logan quiso empezar a darse cabezazos contra la pared. ¿Por qué había dicho eso? Se suponía que había ido allí para arreglar las cosas y solo estaba empeorándolas.

—¿Intentas decirme que yo solita me lo busqué? ¿Sabes una cosa, Logan? Esto es asqueroso incluso viniendo de ti y, créeme, el listón ya estaba muy alto.

Hollie intentó cerrar de nuevo la puerta, pero solo consiguió que él diese un paso al frente y cruzase el umbral. Ella respiró hondo, asustada, y en esa ocasión a él le dio igual ver el miedo en sus ojos, porque solo le recordó lo mucho que todo el mundo parecía odiarlo y el hecho de que su vida fuese una decepción constante tras otra.

—¿Te sigo poniendo nerviosa, Hollie?

—Llamaré a la policía como no te marches.

—Es irónico, porque en realidad había venido aquí para intentar...

Pero la palabra *disculparme* se le quedó en la punta de la lengua cuando ella le dio un rodillazo en la entrepierna y le cerró la puerta en las narices. Logan ahogó un gemido de dolor, alucinado, sin poder apartar la mirada de la puerta.

—¡La madre que la parió! —gritó.

Hollie respiró hondo tras darle la vuelta a la cerradura y resbaló por la puerta hasta sentarse en el suelo. Intentó calmarse, pero tardó un buen rato en hacerlo. La mirada penetrante y verde de Logan seguía resultándole difícil de sostener. Lo único que Hollie tenía claro llegados a ese punto era que no volvería a dejar que él se burlase de ella.

Se levantó pasados unos minutos y se hizo una manzanilla. Aun así, no consiguió dormirse hasta las tantas de la madrugada, porque no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido y, lo que era aún peor, en que al día siguiente Logan seguiría viviendo en Sound River.

Por alguna razón, no les contó a sus amigas nada de aquello. Cuando acudió a su cita habitual de las tardes en la cafetería, se mantuvo callada mientras Katie y Amber seguían hablando de todos los detalles de la boda. Las flores, el banquete y las mesas que pondrían en medio del prado, el vestido y el hecho de que Katie se había empeñado en ir descalza.

—Pero ¿cómo vas a hacer eso? —insistió Amber.

—Será más auténtico, como esos días que pasaba con James en la orilla del río.

—Eres una romántica sin remedio.

—Me encanta la idea de casarme al aire libre.

—Con mosquitos, guijarros, arañas...

—¡Amber! —Katie se echó a reír.

—Yo solo soy realista para que te vayas haciendo a la idea. —Miró al otro lado de la mesa, fijándose en lo callada que estaba Hollie—. Cielo, ¿qué opinas tú?

Hollie cogió aire antes de responder en voz baja.

—Creo que será una boda maravillosa.

—¿Estás bien? ¿Hay algo que quieras contarnos?

—No, ¿por qué lo preguntas? Estoy perfectamente.

Sin embargo, Hollie notó cómo se le encendían las mejillas de inmediato. Por desgracia, no se le daba bien mentir, nada bien. Durante toda su vida había sido un libro abierto. Katie y Amber tardaron alrededor de dos segundos en darse cuenta de que algo ocurría.

—Vamos, no nos hagas insistir —añadió Amber.

—Bueno... —Juguetó con uno de los botones de su vestido. No quería contarles lo que había ocurrido porque, para empezar, temía que aquello pudiese afectar a la relación que Amber y Ezra mantenían, siendo él el jefe de Logan. De hecho, el taller en el que trabajaban los dos estaba justo enfrente de la cafetería y ella se había pasado toda la tarde con la mirada clavada en la puerta, pero, por suerte, no vio a nadie salir o entrando de allí—. Es solo que, con esto de la boda, no dejo de

pensar en que me voy a quedar soltera para toda la vida —mintió, porque, en realidad, era algo que había dejado de preocuparle. Hollie ya se había convencido de que iba a ser así, de que se pasaría toda su vida sola. Al menos, siempre tendría su trabajo y el cariño que sus alumnos le regalaban.

—¡Claro que no! —exclamó Amber—. Escúchame bien. En primer lugar, estar soltera no tiene nada de malo y, si es lo que te hace feliz, maravilloso, ¡adelante! Y, en segundo lugar, si lo que quieres es compartir tu vida con alguien, sé que el día menos esperado aparecerá la persona adecuada. El problema, Hollie, es que eres tan fantástica que no puede ser cualquiera. Por eso está tardando más de la cuenta en llegar.

Hollie adoraba a sus amigas. La abrazó, a pesar de que sabía que solo decía todo aquello para animarla y hacerla sonreír. Intentó prestar atención durante el resto de la tarde, bebiendo café y opinando sobre el ramo que Katie iba a llevar. Aunque no era algo muy habitual, se había empeñado en que estuviese lleno de margaritas.

Seguía sintiéndose inquieta al salir de la cafetería. Empezaba a anochecer. Se despidió de sus amigas y luego se marchó caminando calle abajo. Aún no había avanzado más de dos manzanas cuando escuchó su voz ronca tras ella. Se puso nerviosa.

—Espera, Hollie. —Logan intentó cogerla de la mano para que dejase de andar, pero ella se soltó en cuanto sintió el roce de su piel contra sus dedos.

—¡Aléjate de mí! —escupió.

Hollie aceleró el paso y a él se le revolvió el estómago ante la idea de que ella le temiese así. Cogió aire, incómodo, y recorrió la distancia que los separaba. Hollie acababa de llegar a su portal; metió la llave dentro y abrió la puerta. Logan consiguió colarse tras ella y sujetarla de la cintura con suavidad, intentando no ser brusco. Las luces no estaban encendidas en el rellano y apenas se veía nada. Hollie se retorció entre sus brazos.

—¡Suéltame o te juro que gritaré tan fuerte que se enterará todo el pueblo!

—O me darás otra patada de las tuyas —dejó caer Logan.

—Sí, eso también —corroboró ella.

Logan respiró y ella no pudo evitar estremecerse al sentir la calidez de su aliento cerca. Dio un paso atrás y, aliviada, notó que él la soltaba despacio.

—¿Qué es lo que quieres, Logan? —replicó.

—Solo quería poder disculparme —susurró él.

—Me cuesta trabajo creerlo. —Hollie dio otro paso atrás.

—Y no te culpo. Me pierde la boca. Normalmente hay una distancia considerable entre lo que pienso y lo que al final termino diciendo en voz alta —reconoció.

—No veo qué tiene que ver con lo que pasó hace años...

—Nada. Pero sí con lo que ocurrió este viernes pasado. Yo no quería decirte eso. Fue cruel y lo siento —consiguió decir—. En cuanto al baile de fin de curso...

—Déjalo estar. Creo que será lo mejor...

—No, espera —Cuando vio que ella iba a subirse por la escalera corriendo, volvió a cogerla de la muñeca y la retuvo a su lado—. Lo de esa noche fue una de las

peores cosas que he hecho en mi vida. Perdóname. No sé por qué accedí a hacer esa apuesta, probablemente porque era un crío idiota, pero me arrepiento de ello. Y cuando estuve contigo dentro del coche... eso fue real. Me sentí bien. Quise besarte —dijo con la voz ronca.

Hollie tragó saliva con fuerza y se contuvo para no darle otro rodillazo. Se alejó de él con brusquedad, porque no daba crédito a que volviesen a estar hablando de algo así diez años después, hurgando en todas esas heridas que ella todavía tenía abiertas.

—¡No me lo puedo creer! ¿Esto te parece gracioso, Logan? Está bien, hablemos claro. Has vuelto al pueblo; de acuerdo, admito que fue una noticia desagradable, pero lo he superado. Puedo soportarlo. Lo único que te pido es que me ignores y que dejes de intentar hacerme la vida imposible. Créeme, soy muy consciente de que me sobran kilos, de que por aquel entonces llevaba aparato y gafas y de que tú caminabas por el instituto perseguido por chicas que besaban el suelo que tú pisabas. Así que, Logan, tranquilo, aprendí la lección. Me quedó claro el mensaje principal y lo mucho que todos os debisteis divertir a mi costa. Ahora, si no te importa, ha pasado más de una década y quiero vivir tranquila, lejos de gente tóxica.

Él fue incapaz de abrir la boca mientras ella desaparecía por las escaleras como si estuviese huyendo del mismísimo diablo.

Aunque habían pasado algunos días, Logan era incapaz de quitarse de la cabeza las palabras que Hollie había dicho. Le impactó que se viese a sí misma de aquella manera y, peor aún, que pensase que era algo imposible que un chico como él se hubiese fijado en ella. Era cierto que no era precisamente una chica popular en el instituto, sino más bien todo lo contrario, pero la noche del baile él se había quedado parado al verla envuelta en aquel vestido. No era porque fuese excepcionalmente guapa, sino porque tenía un aire inocente y dulce que derretía por dentro a cualquiera. Y luego estaba lo lista que era. Años atrás, a Logan le había intimidado su mirada inteligente y esa sonrisa perspicaz que le cruzaba el rostro. Ahora, las cosas no habían cambiado demasiado, porque esa noche lo había dejado sin palabras.

Terminó lo que estaba haciendo y bajó el capó del coche antes de limpiarse las manos llenas de grasa en un trapo. Se dirigió caminando hacia el despacho de Ezra que, a última hora de la tarde del viernes, estaba revisando las cuentas del día.

—¿Todo bien? —le preguntó levantando la cabeza.

—Sí, dile al cliente que ya puede recoger el coche.

Logan recibió un mensaje en su móvil en ese momento. Cuando leyó el nombre del remitente notó que se le llenaba el pecho de algo bueno. Porque esa persona era lo único que tenía en la vida. Decidió que luego contestaría y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros.

—¿Es ella? —Ezra le dirigió una mirada aguda. Logan asintió en respuesta. Era la única persona a la que le había explicado su situación y la razón por la que había decidido volver al pueblo. Lo hizo el día que fue allí en busca de un trabajo y Ezra... lo entendió—. ¿Todo va bien? ¿Cuándo está previsto que venga?

—En un par de semanas —contestó.

—Ya hablaremos del turno entonces.

—No es necesario que cambie nada.

Ezra se puso en pie y estiró los brazos en alto.

—¿Tienes algún plan pensado para esta noche?

—¿Yo? —Si nadie de allí le hablaba... —No.

—Pues vente conmigo. Iremos al mismo local que el viernes pasado, lo pasaremos bien, ya verás. ¿Quedamos a las nueve en la puerta?

—No sé si es una buena idea...

—¿Por qué no? —Frunció el ceño.

—Olvidalo. Allí estaré. —Sonrió.

Pensó en Hollie, que estaría con ellos porque era la amiga de la novia de Ezra y lo mucho que le incomodaría su presencia, pero luego llegó a la conclusión de que podía ser una buena oportunidad para intentar volver a explicarse con ella, porque

estaba claro que no estaban entendiéndose bien. Era complicado cuando ella era incapaz de creerse ni una sola palabra que él pronunciase, claro. Nunca le había importado lo que los demás pensasen de él, pero en aquel caso empezaba a escocerle. Así que, esa tarde cuando llegó a su casa, se dio una ducha y se puso unos vaqueros y una camiseta de algodón antes de echarse un poco de colonia en las muñecas y en el cuello. Se peinó con los dedos frente al espejo sin mucho detalle y luego picó algo antes de salir y dirigirse hacia el local.

Tal como le había dicho, Ezra estaba allí, esperándolo.

—Vamos, los demás ya están dentro —le dijo.

Dejó que él lo guiase por el lugar y, poco después, le presentó a un par de amigos, entre los que estaba Amber, su novia, que le dirigió una mirada letal antes de saludarlo. James Faith, que seguía saliendo con Katie tal como hacían en el instituto, le dio un apretón de manos. Logan lo recordaba porque él había sido el chico bueno del pueblo, su antítesis. Una parte de él siempre lo había envidiado por tenerlo todo; una familia perfecta, la simpatía de toda la gente, una chica que se preocupaba por él y con la que encajaba a la perfección...

Parecía que la noche iba a ser larga y Hollie no estaba por allí, así que dijo que volvía en un momento para ir a por un par de copas. Miró a Ezra.

—¿Qué quieres? Yo invito —se ofreció.

—Un ron con Coca-Cola —respondió.

Logan se alejó hacia la barra, pidió las dos bebidas y luego regresó a donde estaban los demás. Cuando iba por la tercera copa, ya un poco achispado, empezó a impacientarse. ¿Por qué Hollie no estaba por ninguna parte? Cada vez que una chica entraba por la puerta, él giraba la cabeza dispuesto a verla allí, con su sonrisa habitual.

Por desgracia, no era una persona demasiado paciente.

Al final, terminó acercándose a su amiga Amber.

—¿Sabes si Hollie va a venir? —le preguntó.

—¿Y eso te interesa porque...?

—Porque quiero hablar con ella.

A Amber no pareció gustarle esa respuesta.

—La razón por la que no ha venido, de hecho, la tengo delante de mí. Así que no, no va a pasarse por aquí —contestó, sin saber lo mucho que esa respuesta iba a afectarle a él.

—¿No ha venido por mí? —La miró ceñudo.

—Exacto. ¡Un pin para ti! —Se burló.

Logan se controló para no contestarle tan solo porque era la novia de la única persona de aquel pueblo que le había dado una oportunidad. Se bebió una copa más y luego, tras despedirse de Ezra y de James, salió de allí y caminó calle abajo.

Quizá no era la mejor idea del mundo aparecer por su casa a la una de la madrugada, pero le venía de paso y Logan ni siquiera se paró a pensarlo. Abrir la puerta del rellano fue pan comido para él, que estaba más que acostumbrado a hacerlo con una simple tarjeta de crédito. No es que estuviese orgulloso de las cosas que

había aprendido durante los años que había pasado en California, pero tenían su utilidad. Subió las escaleras y llamó al timbre.

Esperó hasta que escuchó la voz de ella tras la puerta.

—Vete, Logan. No voy a abrirte.

—Entonces hablaremos así. Espero que a tus vecinos no les importe pasar una noche agradable escuchándonos. Bien, allá voy, retomando el tema de lo que ocurrió hace años...

Hollie abrió antes de que pudiese contar por la escalera toda su vida. Lo miró enfadada. Llevaba las gafas puestas porque ya se había quitado las lentillas a aquellas horas y vestía un camisón de color rosa palo que a él le dejó sin respiración. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada de sus pechos apretados y sin sujetador.

—¿Qué demonios quieres? —Estaba enfadada.

—¿No has ido al local con tus amigos por mí?

—¿Por qué te importa siquiera? —replicó.

Logan dio un paso adelante colándose en su casa y cerró la puerta tras él. Hollie se estremeció y se pegó a la pared cuando él se acercó más y más...

—Me importa porque estás muy equivocada.

—¿Estás borracho? —preguntó jadeando.

—Un poco. Bastante —admitió.

—Logan, tienes que irte...

Pero él tan solo se apretó más contra su cuerpo y cerró los ojos cuando el olor suave de Hollie se coló en su nariz. Las pulsaciones se le dispararon sin ningún tipo de control y se dio cuenta de que hacía muchos años que no se sentía así, como un adolescente. Bajó la cabeza y rozó la mejilla de Hollie con los labios, notando cómo ella temblaba.

—Te prometo que voy a irme, pero antes solo quiero demostrarte lo equivocada que estabas el otro día con lo que dijiste, eso de que nunca podrías gustarle a un chico como yo...

Entonces, antes de que ella pudiese protestar, la besó. En un primer momento, Hollie apoyó las manos en su camiseta, sobre su pecho, e intentó darle un empujón para apartarlo, pero unos segundos después sus dedos se aferraron a la tela y tiraron de él hacia ella. Logan gimió en su boca cuando ella respondió al beso y su lengua se coló en aquella cavidad dulce que lo estaba volviendo loco. Tan solo había querido darle un beso rápido, algo que la convenciese de que en absoluto resultaba desagradable para ningún hombre, pero cuando quiso darse cuenta la tenía arrinconada contra la pared y no podía dejar de recorrer con sus manos aquel cuerpo lleno de curvas que lo encendían.

Le mordió el cuello, ansioso, deseando desnudarla allí mismo. Quitarle la ropa y verla completamente desnuda antes de perderse en ella y hacerla gritar de placer. Temblando de ganas, Logan se apretó más contra ella y frotó su erección por encima del camisón.

—Fíjate lo poco que me gustas... —le susurró al oído.

Hollie sintió un estremecimiento de placer al notarlo duro contra ella. Abrió los ojos de golpe, todavía temblando, y lo apartó de golpe. Tragó saliva y se mordió el labio inferior, llevándose el sabor que Logan había dejado en su boca.

—Tienes que irte... —susurró.

—Hollie, ¿qué pasa?

—Nada. Vete, por favor.

Cuando Logan dio un paso hacia ella, Hollie retrocedió y él frenó de golpe. Se miraron en silencio unos segundos. Hollie pensó que nunca había visto a un hombre más guapo que aquel, con los ojos verdes encendidos tras haberla besado y el cabello oscuro revuelto por sus dedos. Pero eso solo servía para empeorar aún más las cosas...

—Dime qué es lo que he hecho mal.

—Todo. Aparecer aquí. El beso.

—Joder, pero si hace un momento...

—¡Márchate, Logan! —repitió alterada.

Él no opuso más resistencia antes de salir y, en cuanto lo hizo, Hollie cerró la puerta sin siquiera despedirse. Respiró hondo un par de veces para intentar calmarse y se llevó una mano temblorosa a los labios, que todavía le hormigueaban tras el beso, como si necesitase cerciorarse de que aquello había sido real. Y el problema era ese. Que lo había sido. Mucho.

Hollie se echó a llorar cuando se tumbó en la cama y dejó las gafas en la mesita de noche. No podía parar de recordar cada segundo exacto del beso que se habían dado, porque, por desgracia, no estaba acostumbrada a que la besasen así, como si ella fuese única y deseable. Tampoco podía olvidar lo excitado que Logan había estado y las ganas que le habían dado de dejar que él la desnudase con esas manos expertas y terminase de una vez por todas con una de sus grandes preocupaciones: seguir siendo virgen.

Ni siquiera estaba segura de poder llegar a conocer a alguien algún día si no solucionaba ese pequeño detalle. Le daba vergüenza tropezarse con el amor de su vida, tener un par de citas y cuando llegase el momento... confesarle que era su primera vez. Hollie siempre había sido así, muy sensible en cuanto a lo que los demás pensasen de ella. Quizá no le habría dado importancia si tuviese una personalidad arrolladora como Amber, o si fuese tan fuerte como Katie, capaz de superar cosas terribles y de seguir adelante, pero ella era otro tipo de persona, de las que les fascinan los caracoles porque se sienten identificados con la idea de esconderse en su caparazón ante la mínima amenaza exterior.

Se dio la vuelta en la cama, pensando...

Quizá debería haber dejado que él llegase al final. Hubiese sido una manera de terminar con todo aquello, claro, pero la había asustado tanto el deseo que había sentido que su instinto le pidió que echase a correr de inmediato. Era incomprendible que una de las personas que más había odiado toda su vida la hiciesen sentir así, como si el suelo se desintegrara a sus pies y su aroma masculino lo invadiese todo.

Menuda suerte la suya.

A la mañana siguiente, cuando Amber apareció de improviso con un café para llevar y algunos cruasanes recién hechos, Hollie tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír, porque lo último que le apetecía era tener visitas. Fueron a la cocina y se sentaron en la mesa principal. El piso de Hollie era pequeño, pero perfecto y femenino para una sola persona.

Abrió la bolsa de los cruasanes en cuanto se sentó.

Amber dejó escapar un chillido.

—¿Qué.es.eso.de.ahí?

Hollie no supo de qué estaba hablando hasta que su amiga le señaló el cuello. Comenzó a ruborizarse de inmediato. Ni siquiera se había molestado en mirarse al espejo esa mañana.

—Yo... esto... resulta que...

—¿Es un chupetón? —gritó Amber.

—Baja la voz. Y sí, creo que lo es.

—¿Crees? —La miró alucinada.

—Bueno, no puedo saberlo con exactitud porque nunca antes me habían hecho un chupetón —admitió, dándose cuenta de inmediato de lo triste que había sido siempre su vida sentimental—. No sé si es buena idea que hablemos de esto antes de desayunar.

—¿Por qué? —Amber apartó su café a un lado.

—Podría sentarte mal —advirtió—. El caso es que anoche...

—¿No viniste al local porque habías quedado con alguien? ¡Pequeña granuja!

—No, no es eso... En realidad, no fui por lo que dije, porque Logan estaría allí. La cuestión es que él se presentó en mi casa de madrugada.

—Dime que no te refieres a Logan cuando dices *él*.

—Lo siento. —Amber cerró los ojos con fuerza—. Vino y, bueno, quiso demostrarme de manera literal que no le parecía aborrecible —explicó.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. Estaba borracho. Y me besó.

—¿Y...? ¡Vamos, cuenta los detalles!

—Luego la cosa fue a más y... le pedí que se marchase.

—¿No me lo puedo creer! ¿Qué sentido tiene esto?

—Ninguno. —Hollie se encogió de hombros.

—¿Y si esto...? —Amber dudó y se calló.

—No. Dime que lo sea que estés pensando.

—¿Y si vuelve a tratarse de lo mismo?

—¿Una apuesta? —Hollie la miró horrorizada.

—Quizá no exactamente, pero no sé, no me fío de él...

—Amber, yo tampoco me fío de él, pero ¿sabes?, creo que existe la posibilidad, por remoto o alucinante que pueda parecer, de que un hombre me desee. Ya sé que no soy tan perfecta como tú ni tan guapa, pero...

—Oh, Dios, Hollie, yo no quería decir...

—¿Pero lo has dicho! —exclamó dolida.

—Cariño, solo es que me preocupo por ti...

—Ya lo sé. —Cogió aire.

—Y no quiero que te hagan daño.

Hollie tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Por raro que pudiese parecer, ella había sentido que lo de la noche anterior había sido real. Le había dado miedo, sí, porque nunca antes había experimentado nada igual ni mucho menos con la persona menos indicada del mundo, pero hubo algo en la manera en la que Logan la besaba que le hizo confiar en que, al menos, en eso estaba siendo sincero. Y por primera vez en mucho tiempo una idea estrafalaria se le pasó por la cabeza, pero la sacudió en seguida para desprenderse de ella.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Amber.

—En nada. Nada importante. —Carraspeó.

*En que Logan sería el hombre perfecto para perder la virginidad de una vez por todas*, volvió a susurrar una voz en su cabeza. Se puso nerviosa solo de pensar en semejante locura, aunque, muy en el fondo, sabía que no lo era tanto. Una vez se quitase *ese problema* de en medio, podría volver a tener citas e intentar encontrar a alguien interesante que le gustase de verdad.

—Siento el malentendido, no quería insinuar algo así... —repitió Amber otra vez.

—No te preocupes, es una tontería.

—Es que me preocupo por ti.

—Ya lo sé, Amber. Tú siempre te preocupas demasiado por todos. —Le sonrió antes de darle un beso en la mejilla y coger su café. Le dio un trago sin poder quitarse de la cabeza la idea que se le había ocurrido. Lo más terrible y potencialmente desastroso que había pensado en toda su vida, pero también lo más práctico y sencillo para resolver aquello.

Logan terminó la jornada del sábado al mediodía y se marchó a su casa sin poder quitarse de la cabeza lo que había ocurrido entre él y Hollie la noche anterior. Pensó que sería solo un beso, algo que le demostrase lo equivocada que estaba, pero lo cierto era que Logan había tenido que contenerse como nunca para no hacerla suya en cuanto rozó su boca suave.

Había estado con muchas mujeres durante aquellos años; tantas, que era incapaz de recordarlas a todas, porque él nunca había sido de relaciones serias que durasen más de un par de meses. Sin embargo, hacía una eternidad que no se sentía como cuando la había besado a ella. Esa sensación de deseo, anhelo y plenitud.

Sacudió la cabeza mientras caminaba hacia su casa.

Se dio una ducha al llegar, porque siempre salía con manchas de grasa del taller, y luego durmió un rato. Al despertarse a media tarde, cogió el teléfono y buscó el nombre acompañado por una fotografía en la que ella aparecía sonriente y feliz. Llamó.

—¿Logan? ¡Hola! —respondió risueña.

—¿Cómo va eso, enana? —preguntó.

—Bien, mejor que la semana pasada. La verdad es que el centro no está tan mal, quiero decir, no es como estar en casa, claro, pero es soportable —dijo—. ¿Y tú?

—Todo sobre ruedas. En menos de una semana estarás aquí. Ya verás, creo que esto te gustará. Es un sitio pequeño y un poco cerrado, notarás el cambio al dejar la ciudad, pero aquí estarás tranquila. ¿Tienes ganas de venir?

—Sí. Quiero estar ya allí —susurró.

—Pues empieza a contar los días, porque no queda nada.

Logan colgó tras charlar otro rato con ella y luego se estiró en la cama y cogió el libro que había dejado en la mesita la noche anterior. Él había sido un estudiante terrible durante su juventud. Sin embargo, desde hacía un par de años, había intentado enmendar sus carencias por su cuenta, leyendo cualquier obra que caía en sus manos.

Se sumergió entre las páginas hasta que el cielo se oscureció.

Ya estaba anocheciendo cuando Hollie se subió lentamente las medias, antes de levantarse y mirarse en el espejo alargado de su dormitorio. Llevaba un conjunto de ropa de color granate, justo igual que el tono del vestido que se puso unos minutos después. Se abrochó la cremallera de la espalda con cierta dificultad y se dejó el pelo suelto. Apenas se maquilló antes de ponerse unos zapatos con un poco de tacón, coger su bolso y salir de casa.

Caminó insegura por las calles que tan bien conocía hasta el bloque de apartamentos de alquiler en el que sabía que vivía Logan. Cuando llamó al telefonillo y le dijo quién era, él se quedó un poco parado, pero le abrió rápidamente pidiéndole que subiese. Nerviosa, Hollie se mordisqueó una uña mientras el ascensor se movía hacia el cuarto piso. El corazón le latía tan rápido que se le iba a salir del pecho y sentía unas ganas terribles de dar media vuelta e irse por donde había venido. Intentó pensar en la idea de que era otra persona, una de esas que caminan por el mundo seguras de sí mismas y que van a por sus objetivos sin dudar ni pestañear, el tipo de gente que triunfa en la vida y es capaz de conseguir lo que quiere.

Antes de que Hollie tuviese la oportunidad de llamar al timbre, Logan abrió la puerta de golpe. Su mirada descendió hasta posarse en sus pies, enfundados en unos zapatos brillantes, justo antes de subir lentamente por la silueta que le marcaba aquel vestido, que era el más sugerente que tenía, y clavar sus ojos en los suyos.

—Menuda sorpresa —dijo alzando las cejas.

—¿Puedo p-pasar? —titubeó ella, nerviosa.

—Claro. Adelante. —Él se apartó y cerró después.

Logan se quedó callado, mirándola, y Hollie estuvo a punto de tropezar con sus propios pies de lo nerviosa que se puso ante aquellos ojos penetrantes.

—Supongo que debería preguntar a qué se debe tu visita —terminó diciendo él cuando el silencio empezó a volverse insoportable—. Hollie, ¿te encuentras bien?

—¿Puedes darme un vaso de agua?

—Sí, claro. Sígueme —dijo él.

Hollie tenía un nudo en la tripa mientras lo acompañaba hasta llegar a una cocina pequeña, pero limpia y luminosa. Cogió el vaso que él le tendió y se lo bebió de un trago. Logan la miró alucinado antes de quitárselo y volver a dejarlo en la pila.

—Yo solo... —Le daba miedo bloquearse en mitad de una frase y desmayarse ahí mismo, delante de él. Estaba lejos de parecerse a esas mujeres en las que había pensado antes de llamar al timbre, pero le dio igual, decidió que lo mejor era soltarlo todo de golpe y ya está. ¿Qué era lo peor que podía ocurrirle? ¿Qué él se burlase de ella? Bueno, estaba bastante acostumbrada a ello, no sería ninguna novedad que no pudiese soportar—. He estado pensando en lo que ocurrió anoche y siento... siento haberte apartado...

—Oye, no lo sientas. No pasa nada.

—No. Déjame hablar. Yo sí que quería... sí que quería ir a más —logró decir mientras notaba las rodillas temblorosas—. Por eso estoy aquí...

—Hollie... —Logan respiró profundamente.

—Quiero que sigamos donde lo dejamos.

Él no daba crédito a lo que estaba escuchando. Nunca una mujer lo había sorprendido tanto en toda su vida. Que Hollie hubiese pasado de odiarlo, a besarlo, pedirle que se marchase y aparecer el día siguiente en su casa vestida así, era tan insólito e incomprensible que Logan ni siquiera sabía muy bien qué responder a eso.

Porque claro que quería seguir donde lo habían dejado...

Pero no de sopetón, como lo había pillado.

Inspiró hondo acercándose a ella despacio y deslizó la punta de los dedos por su brazo, subiendo por su hombro antes de acariciar con lentitud el tirante fino del vestido. Notó que ella contenía el aliento ante el gesto sutil y él se controló para no besarla.

—Está bien. Continuaremos lo que empezamos, pero antes tendremos que cenar.

—¿Perdona? ¿Cenar? —Hollie lo taladró con la mirada.

—Sí, esa cosa rara que hacen los seres humanos al final del día —bromeó Logan apartándose de ella tras dejar el tirante rojo perfectamente colocado en su lugar.

—No tengo tiempo para tonterías —farfulló ella.

—No sabía que nutrirse fuese una tontería.

—Logan, vamos, no juegues conmigo...

Él sintió un escalofrío ante el ruego que encontró en su voz. No le gustó verla así de débil y dio un paso atrás para acercarse a ella. Le acarició la mejilla con el pulgar.

—No estoy jugando, Hollie. Quiero cenar contigo.

—¡Pero no es necesario...!

Logan la silenció con una mirada.

—Tú quieres una cosa y yo quiero otra. —En realidad quería las dos cosas—. Así que creo que es un trato bastante justo, ¿no te parece? Veamos, ¿qué te gusta? ¿El pescado, la carne, pasta o eres más de verduras...?

—Soy más de ir al grano... —masculló.

—Hollie. —Había una amenaza en su voz.

—Está bien. Pasta. Algo sencillo.

—Vale, tú siéntate.

Logan le apartó una de las sillas que había delante de la mesa de la cocina y ella se sentó. Pensó que era una de las situaciones más surrealistas que había vivido en toda su vida. Estar allí, en la cocina de Logan Quinn un sábado cualquiera con un vestido rojo y zapatos de tacón mientras él abría la nevera y empezaba a sacar ingredientes.

¿Quién le iba a decir algo así una semana atrás?

El silencio los acogió durante unos segundos.

—Ezra me comentó que eres profesora.

Hollie lo miró con el ceño todavía fruncido, incapaz de decidir si debía contestar. Se sentía tan rara estando allí, en su cocina, mientras él parecía tan tranquilo...

—Sí, doy clases de literatura en el instituto.

Logan la miró por encima del hombro al tiempo que llenaba un cazo de agua.

—Vaya, qué interesante. ¿Y qué te gusta leer?

—Tengo muchos autores de cabecera, pero no creo que los conozcas.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para no apretar la mandíbula, enfadado. No soportaba que la gente lo subestimase así, que ella lo juzgase antes de molestarse en

conocerlo dando por hecho que jamás había abierto un libro en toda su vida. Decidió jugar un poco con ella.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros—. Yo solo soy capaz de usar los libros para calzar las patas de los muebles. Por cierto, comprueba que tu silla esté bien; si no, tengo algunas *noveluchas* por ahí que podrían servir.

Vio cómo Hollie abría muchos los ojos, indignada, y se llevaba una mano al pecho.

—Ni siquiera viniendo de ti puedo creer que...

—Y cuando no reparo muebles con libros... —la cortó él antes de seguir hablando y de echar la pasta—, leo a Jack London. O a Dickens. También me gusta Julio Verne.

Hollie levantó la cabeza hacia él de golpe.

Lo miró aterrada, sin poder creerse lo que estaba escuchando. ¿A Logan Quinn le gustaba leer? Se fijó de nuevo en él, en la manera de apoyarse en una pierna que le daba ese aire desenfadado y un poco macarra; las manos ásperas de trabajar, el ceño un poco arrugado y ese aire de chico malo que seguía acompañándolo.

Sacudió la cabeza, aún confundida.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó bajito.

—No. ¿Te burlas tú de mí dando por hecho que esto es una broma? —No había humor en su pregunta y Hollie se estremeció al ver su expresión dura—. Debería haber una norma que fuese algo así como no juzgar a los demás si no quieres que hagan lo mismo contigo.

—Yo no juzgo... —susurró.

—Mientes —la interrumpió él.

—Es solo que me ha sorprendido.

Logan dejó escapar un suspiro largo.

—¿Cómo te gusta la pasta? ¿Dura, al dente, más hecha...?

—Al dente —contestó con timidez.

Él empezó a hablarle de sus libros favoritos mientras removía la pasta y picaba un poco de albahaca para añadírsela a la salsa de tomate. Hollie no podía creerse que aquella situación tan surrealista estuviese ocurriendo. Mientras él dejaba los platos delante de la mesa, bajó la mirada para echarse un vistazo a sí misma, reparando en su ajustado atuendo.

—Puedes quitarte los zapatos si quieres estar más cómoda —le dijo Logan.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Estoy bien así. —Cogió el tenedor, enrolló algunos tallarines y se los llevó a la boca. Él siguió con la mirada la trayectoria, prestando especial atención a esos labios carnosos—. Está muy buena —reconoció ella con las mejillas sonrojadas.

—Gracias, es una de las pocas cosas que sé hacer.

—Ya veo... —Se relamió despacio.

—No vuelvas a hacer eso —gruñó él.

—¿El qué? —Hollie lo miró alucinada.

—Lamerte así. Haces que me den ganas de darte la razón en todo, dejar de cenar ya y hacértelo encima de esta mesa, porque dudo que lleguemos al dormitorio.

Hollie sintió que enrojecía hasta límites vergonzosos. Notó cómo se le sacudía la tripa y apartó la mirada de Logan porque era incapaz de sostenerla. Intentó pensar en algo, cualquier cosa para disipar aquel momento sofocante que estaba viviendo.

—¿Por qué decidiste volver? —preguntó.

Él no esperaba esa pregunta, así que se lo pensó.

—Tengo algunas razones familiares...

—¿Y piensas quedarte mucho tiempo?

—Un año, como mínimo —contestó.

Terminaron de comer mientras hablaban de cosas más impersonales, pero a Hollie le sorprendió que la conversación fuese fluida, exactamente tal como había sido aquella fatídica noche del baile de fin de curso. Se repitió mentalmente que ahora ella era la que tenía el control, la que había tomado una decisión.

*Todo es diferente*, volvió a decirse.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó cuando dejaron los platos en la pila y un silencio un poco incómodo llenó la cocina.

—¿Qué te gusta?

—Cualquier cosa fuerte.

Logan la miró un poco sorprendido, pero no dijo nada más antes de ir al mueble bar de comedor y servir dos vasos con hielo y un poco de whisky. Cuando regresó a la cocina, encontró la estancia completamente vacía. Frunció el ceño, llamándola justo antes de entrar en su dormitorio. Hollie ya estaba ahí, de espaldas al ventanal tras el que se veía el cielo oscuro y estrellado. Logan se acercó a ella despacio, sin hacer demasiado ruido.

—¿Todo bien? —preguntó vacilante.

—Sí. —Hollie se giró y le sonrió, pero fue una de esas sonrisas un poco inquietas y le tembló la comisura de los labios. Le cogió el vaso de la mano—. Gracias.

Dio un trago. Luego otro más y otro, hasta acabárselo casi de golpe. Hollie cerró los ojos ante el ardor de garganta y dejó el vaso vacío en la mesita de noche. La habitación era pequeña, pero olía a un ambientador suave y agradable y estaba ordenada.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Logan se sentía inseguro, pero fue incapaz de decir nada más cuando ella se puso de puntillas y alcanzó sus labios. Gimió contra su boca al estremecerse y alargó la mano para depositar también su vaso aún lleno en la mesita.

Hollie sabía a whisky y era absolutamente deliciosa.

Él ya estaba más que excitado cuando ella le quitó la camiseta por la cabeza. Recorrió su boca con la lengua, besándola mientras bajaba con lentitud los tirantes de aquel vestido rojo que lo estaba volviendo loco. Hollie se apretó más contra él y Logan pensó que nunca un gesto tan básico como aquel lo había desestabilizado así. Sintió un latigazo de deseo en la entrepierna y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir siendo delicado con ella.

—Date la vuelta —le pidió con voz ronca.

Hollie obedeció, temblando, pero haciendo todo lo posible para que él no lo notase. Le fallaron un poco las rodillas mientras Logan le apartaba el pelo para deslizar la cremallera de su vestido hasta abajo. La tela resbaló por su cuerpo y cayó al suelo, a sus pies.

—Eres preciosa —le susurró Logan al oído.

Ella se estremeció, porque era exactamente la misma frase que le había dicho aquel día, cuando se besaron en el asiento trasero de su coche. Intentó apartar el recuerdo y se dio la vuelta hacia él, decidida, antes de empezar a desabrocharle el botón de los vaqueros.

—Hazlo ya, Logan. Rápido.

—Nena, espera. ¿Qué prisa tienes?

—Te deseo. —Fue lo primero que se le ocurrió, aunque no dejaba de ser muy cierto, para su desgracia—. Quiero sentirte...

A Logan lo descontrolaron sus palabras. Le habría gustado poder tomárselo con calma, disfrutar de aquel conjunto de ropa interior que ella llevaba puesto y quitárselo muy poco a poco, retrasando lo inevitable.

Pero, cuando ella empezó a quitarle los pantalones, supo que estaba perdido. Terminó de bajárselos él mismo y le arrancó a ella las braguitas y el sujetador de un tirón antes de tumbarla sobre la calma y quitarle las gafas. Bajó lentamente por su cuerpo, besándola por todas partes y disfrutando de su piel suave y de todas las curvas que sus manos se morían por acariciar. Quería probarla y descubrir a qué sabía, pero antes de que pudiese hundir la cabeza entre sus piernas, ella tiró de él hacia arriba, exigente.

—Ya, Logan. Hazlo...

Era casi una súplica. Él no entendió su impaciencia, pero no opuso resistencia antes de coger un preservativo del cajón de la mesita. Volvió a besarla mientras sus manos tanteaban su entrada. La notó estrecha, tensa. Ni siquiera se le pasó por la cabeza la verdadera razón por la que estaba así. Le succionó el labio inferior al tiempo que hundía un dedo en su interior para constatar lo húmeda que estaba. Lo enloqueció que ella pudiese desearlo así. Y, quizá por eso, cuando se colocó entre sus piernas no dudó en embestirla de un solo empujón. Fuerte e intenso. A Hollie se le escapó un grito de dolor. Aún dentro de ella, Logan se apoyó en los codos para poder mirarla a la cara. Hollie tenía los ojos humedecidos.

—No me jodas... —Se le revolvió el estómago—. ¡Mierda!

Ella lo sujetó antes de que pudiese apartarse, abrazándolo.

—No, por favor, Logan, no pares ahora.

—Pero, Hollie...

—Te lo ruego.

A él se le tensó la mandíbula cuando ella acogió su rostro entre sus manos y lo besó hasta hacerle perder la cordura de nuevo. Apretó los dientes, resoplando, y se movió muy despacio, tanto como le era posible. Ella alzó las caderas para buscarlo y él supo que estaba perdido antes de embestirla con movimientos controlados. Sabía que el momento de dolor había pasado, pero, aun así, Logan no podía evitar recordar su mirada llena de lágrimas y pensar que, de algún modo, le había vuelto a hacer daño. Siempre él. Se amonestó por eso.

—¿Es que no me deseas?

Abrió los ojos al escuchar su voz. ¿Si la deseaba? La deseaba más que a nada en el mundo. Se enfadó al ver la inseguridad que escondían sus palabras, tan solo porque él estaba intentando ser delicado. Cogió aire y se movió más deprisa, intentando demostrarle lo bonita y perfecta que era a sus ojos. La sintió estremecerse cuando las embestidas se volvieron más profundas y coló una mano entre ellos para acariciarla también con los dedos. Empujó contra ella un par de veces más antes de verla arquear la espalda y soltar un gemido de placer cuando el orgasmo la sacudió; verla así, tan liberada y sin rastro de timidez durante esos escasos segundos, fue la imagen más erótica que recordaba y la retuvo en su cabeza para siempre, justo antes de dejarse ir junto a ella, gimiendo su nombre contra su pelo.

Se quedó unos instantes tumbado encima de Hollie, todavía en su interior, notando cómo aquel cuerpo femenino respiraba agitado bajo el suyo.

Después la besó despacio.

—Me debes una explicación —le dijo, intentando no sonar muy duro—. Pero ahora espera aquí. Voy a limpiarme y a preparar la bañera. No te muevas.

Logan se levantó y le dio otro beso antes de alejarse por el pasillo. Fue al baño y puso el tapón de la bañera antes de encender el grifo del agua caliente, porque pensó que era justo lo que Hollie necesitaría para aliviar el dolor que seguramente estaría sintiendo. Se imaginó dentro de la bañera junto a ella, abrazándola y apoyando la barbilla en su cuello y le recorrió una sensación placentera que hacía mucho tiempo que no sentía. Cogió un bote de sales de baño con aroma a lavanda que ya estaba en

el apartamento cuando llegó y tiró un poco en el agua antes de abrir el gel y conseguir hacer un poco de espuma.

Después salió y regresó al dormitorio.

Cuando lo hizo, descubrió que Hollie ya estaba completamente vestida, abrochándose la hebilla de los zapatos de tacón. Lo miró cohibida y con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué estás haciendo, Hollie?

—Me marcho ya, tengo que irme.

—Te he dicho que iba a preparar la bañera.

—Lo siento. No puedo quedarme...

Ella lo esquivó y caminó decidida hacia la puerta. Logan parpadeó alucinado y la siguió. Toda la situación de aquella noche estaba siendo surrealista a más no poder.

—Espera. —La cogió de codo—. ¿De qué va todo esto?

—De nada. —Ella tragó saliva muy nerviosa.

—Creo que me debes una explicación.

—No hay nada que explicar —se apresuró a decir Hollie—. Yo solo quería eso de ti. Y ahora que ya está hecho, tengo que irme.

Logan la soltó. No dijo nada mientras ella salía y bajaba las escaleras sin despedirse ni volverse a mirarlo una última vez. Sus palabras se repitieron en sus oídos sin cesar durante los siguientes días. *Yo solo quería eso de ti.*

—¿QUÉ HAS HECHO QUÉ? —Amber estuvo a punto de escupir su zumo de naranja antes de ponerse a gritar en medio de la cafetería.

—Cielo, quizá no te hemos entendido bien... —dejó caer Katie, nerviosa.

—No hay mucho que entender. He perdido la virginidad con Logan Quinn.

—¡Me va a dar un infarto! —exclamó Amber.

—¿Pero qué demonios...? —Katie inspiró hondo—. Hollie, ¿hablas en serio?

La aludida se sonrojó y se concentró en remover su café con leche solo para no tener que enfrentarse a las miradas de sorpresa de sus amigas. No estaba muy segura de cómo explicarles la situación sin que pareciese que se hubiese vuelto loca.

—No lo entiendo... —Amber negó con la cabeza.

—Me pareció lo más práctico —se justificó Hollie—. Él me había besado la noche anterior y pensé que sería una manera fácil de quitarme ese peso de encima.

—¿El peso de la virginidad? —Katie la miró con ternura mientras Hollie asentía. Luego cogió su mano y se la apretó por encima de la mesa—. Cariño, la virginidad no es ningún peso. No existe una edad ni un momento en el que deba perderse, lo único importante es que lo hagas con una persona que te haga sentir cómoda, segura y querida.

Hollie parpadeó para no llorar y suspiró.

—Bueno, pues como no había muchas posibilidades de que eso fuese a ocurrir jamás, decidí hacer algo al respecto. —Ignoró la mirada apenada de Katie—. Y ya está. Un asunto menos pendiente —dijo quitándole importancia.

—Sigo en shock —murmuró Amber.

—No estuvo tan mal... —dejó caer Hollie, roja como un tomate.

—Oh, ¿en serio? —Katie sonrió traviesa—. Ahora que ya está hecho, queremos todos los detalles. Vamos, empieza a cantar. Nosotras llevamos años dándote información.

—¿Tamaño? —Amber abrió los ojos.

—No lo sé... —Hollie se tapó la cara con las manos.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—Porque ni siquiera lo miré. Ni lo toqué. Nada.

—Bueno, era tu primera vez, es normal —la calmó Katie.

—Pero fue considerado —admitió Hollie—. Y... agradable.

—¿Agradable en un sentido *orgásmico*? —preguntó Amber.

Katie le dio un codazo y le pidió que bajase un poco la voz cuando vio que las señoras de la mesa de al lado les prestaban más atención de la necesaria.

—Supongo que sí... —susurró Hollie.

Estaba tan nerviosa que empezó a jugar con la servilleta entre sus dedos.

—¿Cómo vas a *suponerlo*? —preguntó Amber.

—Porque yo nunca antes... ya sabéis...

—¿NUNCA HABÍAS TENIDO UN ORGASMO?

—¡Baja la voz, loca! —exclamó Katie entre dientes.

A esas alturas, media cafetería sabía que hablaban de sexo. Por suerte, ninguna de aquellas personas podía imaginarse quiénes eran los protagonistas de la situación.

—Eso es. Fue la primera vez.

—Oh, Hollie, incluso a pesar de toda esta situación tan rocambolesca, no sabes cuánto me alegro por ti. Si lo llego a saber antes, te habría regalado algún juguetito por tu cumpleaños.

—¡Amber! —Katie se echó a reír.

—¿Qué? A mí me chiflan. Y a Ezra aún más.

—Vale, he oído suficiente. Calla o empezaré a hablar de cómo lo hace tu hermano.

—Eso es coacción —se quejó, luego miró a Hollie—. Sigue contándonos.

—Pues eso... —suspiró—. Me invitó a cenar. Y luego fuimos a la habitación. Dolió un poco al principio, pero luego la cosa mejoró, cuando conseguí que siguiese.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Katie.

—Paró al descubrir que era virgen.

—¿Él no lo sabía? —Katie la miró alucinada.

—No, claro que no. Y quiso parar, pero...

—Hollie... no deberías haber hecho eso —la reprendió Katie—. Quiero decir, es una situación complicada. ¿Qué dijo él?

—Nada, me pidió explicaciones antes de irme, pero no contesté.

Katie y Amber intercambiaron una mirada significativa entre ellas.

—Cariño, ¿no has pensado que eso fue un poco cruel por tu parte? Es decir, sabes que te queremos y también somos conscientes de que Logan te hizo daño, pero ponerte a su nivel...

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? Para empezar, dudo que Logan tenga corazón. Es solo una cara bonita y nada más, está vacío por dentro.

Se calló al ver el pánico que reflejaban los ojos de sus amigas, que miraban más atrás de donde ella estaba. Giró la cabeza despacio y, efectivamente, tan como se temía, ahí estaba Logan, vestido con el mono de trabajo del taller que estaba delante de la cafetería y con cara de pocos amigos. A pesar de que era evidente que la había escuchado, ni siquiera la miró antes de pagar la cuenta de los dos cafés que cogió en las manos y salir de allí todo lo rápido que se lo permitieron sus pies.

Hollie se llevó las manos a la cara.

—¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

Logan intentó concentrarse las dos horas que le quedaban de trabajo en todo lo que tenía que hacer, pero era incapaz de borrar de su cabeza todo lo que había escuchado. Las palabras de aquella noche, “*yo solo quería eso de ti*”, y las nuevas que había oído esa tarde, “*dudo que Logan tenga corazón. Es solo una cara bonita y nada más, está vacío por dentro*”.

Así era como lo veía casi todo el mundo, claro.

Se odió a sí mismo. Llevaba haciéndolo toda la vida. Tenía la sensación de que siempre había estado rodeado por un aura negativa y, quiénes no le temían, sencillamente lo despreciaban porque daban por hecho cómo era sin molestarse antes en conocerlo.

Ezra había sido una de las pocas personas que no había hecho aquello. Se había molestado en hacerle preguntas, descubrir cómo era y no juzgarlo antes de tiempo.

—¿Por qué tienes esa cara? —le preguntó tras darle un tornillo.

Logan lo enroscó e intentó calmarse, porque se sentía tan frustrado que le faltó poco para desahogarse sin control y él no era de los que solía compartir sus sentimientos con nadie más. Cuando tenía un problema, se apañaba él solo. Estaba acostumbrado a ello.

—Nada, un día de mierda —resumió.

—Llevas varios así... ¿ha ocurrido algo?

—No. Es este calor —mintió enfurruñado.

—Si necesitas ayuda con algún asunto...

—Gracias, Ezra, pero no —lo cortó.

No era habitual que nadie se preocupase por él y le resultó raro. Logan había crecido en un ambiente familiar complicado. En el pueblo todos conocían a su padre, un hombre alcohólico, que había ido acumulando deudas con el paso de los años y que salía con una mujer callada y fría con la que Logan nunca tuvo mucha relación, más allá de la estrictamente necesaria. Su madre, que vivía en California, lo había mandado a vivir con su padre cuando ella conoció a un tipo adinerado que vendía seguros dentales y decidió casarse con él y empezar una vida desde cero sin la carga que suponía tener que criar a un hijo.

Así que Logan no estaba acostumbrado a importarle demasiado a las personas que lo rodeaban. Más bien, todo lo contrario. Las palabras que Hollie había pronunciado en la cafetería le habían recordado todo aquello de que lo había intentado huir sin éxito.

En aquel momento, James Faith, el hermano de Amber, entró en el taller.

Logan lo saludó dándole un apretón en la mano, porque el viernes anterior lo había tratado bien cuando había ido con Ezra al bar de copas en el que se reunían. A

pesar de que de joven a Logan le había molestado su actitud de don perfecto que lo tenía todo, no podía ignorar que parecía un tipo leal y valoraba aquello de la gente.

—Hey. —Ezra le sonrió—. ¿Qué tal todo?

—Mal, tengo un problema con la furgoneta. No arranca —aclaró.

—Así que, ¿está en el rancho? —preguntó y James asintió—. Pues ahora cuando cerremos me pasaré por allí. Tu hermana y mi novia están en la cafetería de ahí delante, por cierto.

—Sí, siempre están ahí. —James puso los ojos en blanco—. ¿Vendréis este viernes a tomar algo? Necesito despejarme. Katie me está volviendo loco con la boda.

—Claro, ¿verdad, Logan? Iremos.

—¿Sabíais que para hacer las invitaciones puede tardarse varias semanas? ¿Y que hay para elegir unos veinte tipos de papel y unos diez acabados? —les preguntó.

Logan reprimió una sonrisa. Ezra se rio abiertamente.

—Parece muy interesante —se burló.

—En serio. Es demencial. Debo de quererla mucho para estar dispuesto a pasar por semejante tortura. —Sacudió la cabeza—. En fin, Ezra, te veo en un rato por el rancho. Y tú, Logan, ven este viernes, que te debo esa copa a la que me invitaste.

Salió de allí caminando a paso rápido mientras se revolvía el pelo. A Ezra se le borró la sonrisa de inmediato y suspiró sonoramente, llamando la atención de Logan.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Que se me están quitando las ganas, joder.

—¿Las ganas de qué? —Logan frunció el ceño.

—Iba a pedirle a Amber que se casase conmigo.

—Joder, ¡enhorabuena! Creo.

Ezra se limpió las manos en un trapo.

—¿Te he contado alguna vez que ya estuve casado? Fue hace años, en Nueva York, y tenía una vida totalmente diferente a esta. La cuestión es que salió mal y yo juré que jamás volvería a pasar por el altar, pero cuando la miro a ella... quiero que sea feliz y que tenga una boda si es lo que quiere, ¿me entiendes? No me mires como si fuese un pringado.

—No hago eso, joder. Yo haría lo mismo. Si encontrase a esa persona especial con la que quisiese pasar el resto de mi vida, estaría dispuesto a dárselo todo —se sinceró.

Logan siempre había sido así, se extremos.

No era muy dado a abrirse con la gente, pero, cuando le juraba fidelidad a alguien, lo hacía por y para siempre, con todas las consecuencias. No era de medias tintas.

—Me acojona que se vuelva loca con la boda.

—No creo que Amber haga eso... —dijo Logan.

—¿Por qué lo piensas? —Ezra se cruzó de brazos.

—Bueno, no parece el tipo de chica que le da importancia a esas cosas. Y en cuanto a James, creo que estaba exagerando, no dejes que te meta miedo. ¿No iban a celebrar su boda en medio del campo o algo así? Eso no suena muy sofisticado.

—Sí, es verdad, en la orilla del río.

—Lo que decía. Exageraba.

Ezra respiró hondo y apoyó una mano en su hombro.

—Gracias. Creo que se lo pediré pronto.

—¿Ya tienes el anillo? —preguntó.

—Desde hace semanas —soltó.

—Sí que eres un pringado.

Los dos se echaron a reír a la vez.

Aquel viernes, Hollie se arregló por primera vez en mucho tiempo para ir al local de copas. Se dijo a sí misma que era porque, por fin, podía intentar conocer a alguien sin avergonzarse por ese pequeño *problema* que ya había solucionado. Pero una voz en su cabecita le dijo que mentía. La ignoró sacudiéndola mientras se miraba en el espejo.

Llevaba un vestido ligero y veraniego de color amarillo pálido con un escote ovalado bastante sugerente para lo que era habitual en ella. Caía tras ajustarse a la cintura y le quedaba por encima de las rodillas. Se calzó las sandalias cómodas y se puso un poco de rímel y colorete antes de buscar un bolso que le pegase y salir de casa.

Llevaba días pensando en las palabras que había dicho sobre Logan, esas que él mismo había escuchado, y no dejaba de sentir una sensación incómoda en el estómago.

Cuando llegó allí se sentó en un taburete frente a la barra. Katie ya estaba tras ella limpiando algunos vasos porque todavía había poca gente a esas horas en las que todos empezaban a llegar. Le preguntó qué le apetecía tomar y ella se decidió por un *Cosmopolitan*.

Acababa de terminárselo cuando llegaron sus amigos.

Sus amigos y su enemigo. O algo así, porque ya no sabía quién era Logan para ella. Pensar en todos aquellos cambios, la incomodaban. No pudo evitar fijarse en él.

Llevaba una camiseta oscura que se ceñía a sus hombros y que contrastaba con sus ojos de un verde intenso y penetrante. Sus labios fríos se apretaron en cuanto la vio y, antes de que ella pudiese saludarlo tan solo por cortesía, él dio un paso atrás y se apartó, alejándose un poco antes de pedir una bebida tras la barra. Hollie se vio sacudida por un abrazo de Amber y los besos que Ezra y James le dieron para saludarla.

—¿Hace mucho que has llegado? —Amber se sentó a su lado.

—No, una media hora —contestó con un nudo en la garganta.

Observó por el rabillo del ojo a Logan, que coqueteaba con la otra camarera que trabajaba allí, una tal Susan. *Su verdadera cara*, pensó al ver lo cómodo que parecía mientras la chica le hacía ojitos y le tendía una cerveza. Logan ignoró el vaso y bebió a morro directamente. A Hollie aquello debería haberle parecido desagradable, pero un pinchazo de deseo la atravesó al ver cómo su estómago se encogía al alzar el brazo y lo bien que le quedaban aquellos vaqueros. Era una desgracia mundial que Logan Quinn fuese tan atractivo.

—Me he hecho pis en la cama —dijo Amber.

—Ya, claro, es normal, sí —murmuró Hollie distraída.

—¡No me estás escuchando, maldita seas! —exclamó su amiga antes de inclinarse hacia ella para susurrarle al oído—. Te lo estás comiendo con los ojos, disimula un poco.

Hollie se sonrojó. Odiaba que le pasase aquello, porque sabía que Logan era solo un envoltorio bonito y la hacía sentirse superficial y tonta, algo que no se consideraba.

—Perdona, ¿qué decías?

—Hablabas de darle una sorpresa a Katie antes de la boda. Había pensado algo sencillo, irnos las tres a cenar a algún sitio de nivel y luego emborracharnos y bailar toda la noche. Sin hombres —aclaró mirando a su novio de reojo, que hablaba con James unos metros más allá—. Solo nosotras, como en los viejos tiempos.

—¡Me parece genial! —Hollie aplaudió animada.

—Pues no se hable más. Esta próxima semana lo haremos.

—Ya estaré trabajando, podemos dejarlo para el sábado.

—¡Hecho! —exclamó Amber satisfecha.

Estuvieron un rato más charlando hasta que decidieron levantarse para ir a bailar. Ya había empezado a llegar bastante gente a esas horas. Sonaba una de esas canciones que te incitan a moverte casi sin esfuerzo y Hollie se estaba divirtiendo con Amber, pero, a pesar de ello, no podía dejar de pensar en ciertos ojos verdes. Para su tormento, tropezó con ellos diez minutos después, justo cuando iba camino de los servicios.

Sorprendiendo a Logan, lo sujetó del brazo.

—¿Podemos hablar un momento? —pidió.

Él respiró profundamente. No parecía alegre.

—¿De qué exactamente? ¿De cómo apareciste en mi casa un día cualquiera pidiéndome que te follase o de que no tengo corazón? —La atravesó con la mirada y ella tembló.

—Baja la voz, van a oírte... —susurró ella.

—Ah, genial, ahora te avergüenzas de que pueda saberse que pasaste una noche conmigo. Fantástico. Lo que faltaba. —Chasqueó la lengua y la miró de arriba abajo sin cortarse, porque sabía que eso a ella la incomodaría. Dio un paso adelante, hasta que la espalda de Hollie chocó contra la pared del local. Nadie pareció prestarles atención cuando él se pegó más a ella—. Escúchame bien. Fui un imbécil de joven, cuando te hice aquello, y me arrepentiré toda mi vida, porque no te lo merecías. Yo era un crío, no pensaba en las consecuencias antes de cagarla. Pero tú... tú no eres tan distinta a mí como piensas, Hollie. Tú juzgas, sentencias y haces y deshaces a tu antojo como la otra noche.

—No es verdad... —gimió ella bajito.

—Sí que lo es, nena —repitió Logan.

Luego se apartó de golpe y, por alguna misteriosa razón, Hollie echó de menos el calor de aquel cuerpo masculino. Se miraron en silencio unos segundos que parecieron minutos, mientras la música seguía sonando a su alrededor y retumbando en las paredes. Él fue el primero en apartar la vista. También en marcharse sin

molestarse en mirarla una vez más. Hollie se quedó contemplando su cuerpo lleno de tensión desapareciendo entre la gente.

No le gustó que le dijese aquello. Ella no era así. Nunca había juzgado a los demás, pero cuando se trataba de Logan... era como si su propia personalidad se difuminase y terminase por ser otra persona diferente. Una dispuesta a hacer cosas que jamás se había planteado. Una que desconfiaba por muchas veces que él repitiese que se arrepentía porque, en algún lugar recóndito, Hollie seguía siendo esa chica con un vestido azul de gasa que él humilló delante de todos los chicos del instituto del último año. Y quizá por eso no se había permitido a sí misma confiar de nuevo en otro hombre ni sentir nada.

Cuando notó que se le humedecían los ojos, salió del local. No supo qué hacer, pero no quería que sus amigos la viesen así, de modo que empezó a caminar sin un rumbo fijo, pensando en todo lo que había ocurrido en su vida durante las últimas semanas y que, en teoría, en esos momentos debería estar conociendo a algún chico interesante, pero lo único que quería hacer era meterse en la cama, hacerse un ovillo y no pensar más.

Llegó a su casa, se dio una ducha tras mandarle un mensaje a Amber para que no se preocupase y, luego, en vez de esconderse entre las sábanas como deseaba, encendió el ordenador y se preparó una taza de té antes de sentarse delante.

«Reuniones para solteros en el Condado».

Hacía meses que Hollie estaba al tanto de las reuniones para solteros que se celebraban los fines de semana en diferentes puntos del Condado, pero hasta ese momento nunca se había atrevido a dar el paso. Había llegado el momento. No solo porque ya no era virgen y eso provocaba que la idea de acostarse con un hombre no le resultase tan aterradora como antes, sino también porque tenía ganas de conocer a alguien especial que la hiciese sentir como si fuese el centro de su mundo. Deseaba algo parecido a lo que tenían sus amigas.

Esas amigas que eran las mejores y que iban a acompañarla el sábado por la tarde a un almuerzo de solteros, a pesar de que ninguna de las dos lo era. Se habían vestido igual que ella, de forma informal, con vaqueros, una camisa sencilla y el maquillaje justo.

—¿Seguro que era por aquí? —preguntó Amber mirando el siguiente cruce.

—En la web ponía que tomásemos el desvío a la derecha y siguiésemos todo recto —dijo Katie mientras seguía conduciendo por esa misma dirección.

Se perdieron cinco veces antes de llegar a su destino.

Se trataba de una casa de campo de tres alturas y techo a dos aguas, inmensa, con un jardín espléndido lleno de flores y setos bien podados. En medio del césped habían dispuesto numerosas mesas con una merienda variada. En contra de algo más impersonal como la idea de conocer a alguien a través de Internet, en los últimos meses se llevaba de moda aquello, reuniones de solteros en diferentes lugares, tardes o veladas agradables en las que podías conversar con personas que estaban buscando también una pareja con la que compartir su vida. A Hollie le había parecido algo práctico y fácil de asumir para una persona tímida como ella, porque, aunque pasase un rato por allí, no tenía la obligación de hablar con alguien si no le apetecía hacerlo. Eso la tranquilizaba bastante.

Se pasearon entre las mesas tras saludar a la chica que les dio la bienvenida cuando llamaron al timbre. Amber empezó a comer como un animal todas las variedades saladas que encontró dispuestas cerca de ella. Se relamió.

—Me pasaría el día en reuniones de solteros a cambio de estas cositas de hojaldre. ¡Están deliciosas! Hasta ahora, nunca me había planteado seriamente la idea de dejar a Ezra.

Katie se echó a reír a carcajadas.

—¡Estás como una cabra!

—¿Las has probado?

—No y dudo que pueda hacerlo como siga teniéndote cerca, ¡deja de comer! —la reprendió dándole un manotazo antes de quitarle el hojaldre y llevárselo a la boca—. Pues sí que está bueno —farfulló mientras masticaba.

Hollie miró a su alrededor un poco agobiada.

—No sé qué hacer, me estoy poniendo nerviosa...

—Cálmate —se apresuró a decir Katie colocándose a su lado y entrecerrando los ojos mientras echaba un vistazo a su alrededor—. A ver, veamos que tenemos por aquí...

—El de la gorra está bueno. Sí, ese de allí —intervino Amber.

—Pues sí, no está nada mal —apoyó Katie— Vamos, acércate a él.

—¿Acercarme a él? ¿Os habéis vuelto locas?

—Dijo la que hace una semana se presentó en casa de su enemigo una noche cualquiera para pedirle que se acostase con ella... —bromeó Amber.

—Pero eso fue... ¡diferente! Lo que Logan pensase de mí no me importaba tanto.

Bueno, quizá un poquito sí, pero en aquel momento ni se lo había planteado. Cuando Hollie tenía un objetivo claro y conciso, como sacar un diez en un examen, iba a por ello sin dudar ni titubear en el intento. Y eso era lo que esa noche había hecho con Logan Quinn.

—Está bien, iré a hablar con él —accedió.

De todos los hombres que había visto en el jardín, era el que más había llamado la atención, pensó mientras se acercaba caminando hacia donde estaba sentado, un poco apartado de los demás y delante de la mesa de la limonada. Llevaba puesta una gorra de béisbol y la sombra de la barba le acariciaba las mejillas. Él alzó la mirada hacia ella cuando notó que se acercaba y le dedicó una sonrisa espléndida que a Hollie la dejó sin aliento.

—Esto... Hola... —Tragó con fuerza.

Le temblaban las piernas de los nervios.

—Hola. Me llamó Greg Reed.

El chico le tendió la mano y ella se la estrechó. Tenía un acento sureño y los dedos suaves a la par que masculinos, nada que ver con los de Logan, esas manos ásperas y más rudas debido a su trabajo. Hollie cerró los ojos al recordar cómo habían recorrido su cuerpo aquella noche e intentó centrarse en el agradable hombre que tenía delante.

—Si te digo la verdad, es la primera vez que vengo a una de estas reuniones y no estoy muy segura de cómo debería... comportarme... o qué decir, ya sabes.

Soltó una risita histérica que la hizo sonrojarse.

—También es mi primera vez —dijo él—. De hecho, estaba a punto de irme, porque creo que lo de hablar con desconocidos se me da de pena. La verdad es que me mudé hace unas semanas desde Alabama y pensé que me vendría bien conocer a gente, así que decidí improvisar y probar con esto a ver qué tal. ¿Por qué estás tú aquí?

—Soy soltera. —Respiró hondo—. Siempre lo he sido —quiso aclarar, a pesar de que notó de inmediato cómo la vergüenza la sacudía—. Vivo en un pueblo pequeño y las probabilidades de encontrar allí a mi media naranja se reducen a cero.

Los dos se echaron a reír. Él señaló la mesa.

—¿Te apetece un poco de limonada?

—Sí, por favor —le sonrió.

Miró a sus dos amigas mientras el chico le servía un vaso y alzó los dedos en señal de que todo iba bien. Ellas asintieron y continuaron cotilleando por el jardín y arrasando con la merienda que se había organizado allí.

—Cuéntame, Hollie, ¿qué te gusta hacer?

A ella le gustó que le preguntase aquello y no fuese a las típicas cuestiones que se limitaban a saber a qué se dedicaba cada uno o a asuntos más aburridos como los familiares.

—Leo mucho —contestó—. También salgo con mis amigas. Me apasiona el rock, la astronomía, las plantas y soy muy curiosa. En realidad, me gusta todo, cualquier cosa.

—Una chica interesante —contestó Greg.

—Háblame de ti. —Hollie bebió de su limonada.

—Soy una persona a la que le gusta la tranquilidad. De esas que no necesitan grandes cosas ni momentos para ser felices. Me basta con, no sé, lo mínimo. Puedo disfrutar de todo.

—Yo también me siento así a veces.

Aunque, en otras ocasiones, era más inconformista.

Una parte de ella se sentía complaciente y lo único que deseaba era, por ejemplo, encontrar a un hombre bueno y decente, que estuviese dispuesto a serle fiel. Le gustaba la idea de formar una familia, porque Hollie siempre había deseado tener hijos. Una estabilidad. Poder darle un beso de buenas noches a su marido al acostarse y charlar durante el desayuno de cualquier cosa antes de despedirse para irse al trabajo o llevar a los niños al colegio.

Y luego estaba esa otra parte que Hollie intentaba reprimir más. Esa le decía que, lo que quería no era solo un hombre bueno, sino también uno que la volviese loca y que despertase en ella ese tipo de amor arrollador que tenían sus amigas y que te sacude de los pies a la cabeza. Quería eso. También los niños y la estabilidad, pero nada de un beso antes de irse a dormir, sino que le hiciese el amor y la adorase entre las sábanas.

Respiró hondo intentando tranquilizarse.

Estuvo un rato más hablando con Greg y, al final, intercambiaron sus números de teléfono prometiendo que, la siguiente semana, quedarían para tener una cita e ir a cenar. Hollie se despidió de él con una sonrisa y un beso tímido en la mejilla antes de volver con sus amigas.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Katie.

—Sí, quedaremos más tranquilos. Ya sabéis, sin público —aclaró.

—¡Es genial! —gritó Amber, tan escandalosa como siempre.

—¿Te ha dado buenas vibraciones? —Katie la miró.

—Sí. Muy muy buenas. Parece fantástico.

—Tenemos buen ojo. —Se echó a reír.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Hollie.

—¿Irnos? ¿Te has vuelto loca? ¡Mira toda la comida que queda aquí! —gritó Amber.

—Lo extraño es que puedas ingerir siquiera una sola oliva más. Te has puesto morada.

—Puedo. Y debo. Creo que esta noche Ezra ha quedado con Logan para tomar algo, así que no me podrá hacer la cena y ya sabéis que no sé cocinar nada más allá de un paquete de palomitas de microondas —explicó.

Hollie frunció el ceño mientras caminaban hacia una de las mesas.

—¿Cómo es posible que Ezra se lleve tan bien con Logan? —preguntó.

—Ni idea. He intentado convencerlo un par de veces de que es el demonio en persona, pero, según Ezra, tiene sus razones para haberle dado ese trabajo y confía en él. Ya sabéis lo cabezota que es —puso los ojos en blanco—. Imposible hacerle cambiar de opinión cuando algo se le mete en la cabeza. Y está empeñado en que Logan es un buen tipo.

Hollie no dijo nada. Ni que sí, ni que no.

Ya ni siquiera sabía qué opinar...

Esa noche de sábado acudió con sus amigas al local, ya que Katie libraba y otra chica ocupaba su puesto como camarera. Estuvo bailando hasta que se cansó, feliz tras haber conseguido por fin tener una cita; hacía casi un año desde la última vez que había salido con un hombre y era casi un acontecimiento. A pesar de estar pasándose en grande y de que tenía una sonrisa pegada a la cara desde entonces, no podía dejar de observar por el rabillo del ojo a cierto chico de cabello oscuro y ojos verdes.

Logan estaba apoyado en una de las paredes con una cerveza en la mano y su típica actitud de *soy un chico malo de manual*, aunque Hollie empezaba a dudar de que realmente lo fuese, porque había algo en él que no encajaba con la imagen que daba al resto del mundo. Últimamente no dejaba de pensar en si todos los rumores serían ciertos, si realmente Logan había estado en la cárcel aquellos años o en un correccional, si era tal como se mostraba...

Cuando sus miradas se cruzaron, apartó la vista rápidamente. No pudo evitar sonrojarse un poco antes de continuar bailando con sus amigas y fingir que no notaba sus ojos atravesándola mientras se movía al son de la canción que sonaba.

Al verlo despedirse de Ezra y de James, hizo lo mismo con sus amigas y salió del local. El aire frío de la noche chocó contra su rostro, despejándola un poco. ¿Qué iba a hacer? No estaba segura, pero lo que sí sabía era que nunca en su vida había improvisado tanto como durante aquellas semanas. Con un nudo en la garganta, caminó por la solitaria calle siguiendo a Logan al ver cómo giraba la siguiente esquina en dirección hacia su casa.

Tomó ese mismo camino.

Estaba a punto de llegar a su portal, con la duda de si llamar al timbre o no, cuando él salió del callejón de al lado y la sujetó por detrás. Ella se retorció entre sus brazos, agitada y aterrorizada, hasta que escuchó su voz en el oído y supo que era él.

—¿Por qué demonios me estás siguiendo?

Hollie tragó saliva, armándose de valor para responder.

—Yo... quería hablar contigo... en algún sitio tranquilo...

Logan la soltó de golpe y ella se giró para poder mirarlo a la cara. Él tenía la mirada sombría, los rasgos muy marcados y la mandíbula en tensión. Pareció relajarse cuando vio que ella empezaba a ponerse nerviosa. Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Está bien. Sube a casa —farfulló.

Hollie lo siguió un poco insegura, aunque se dijo que no tenía razones para estarlo. Si Logan hubiese querido hacerle daño, había tenido todas las oportunidades

del mundo para ello. Le inundó una sensación de confianza desconocida mientras subía las escaleras tras él.

Una vez en su apartamento, Logan le preguntó si quería tomar algo, pero ella declinó la oferta. La charla iba a ser rápida, porque tenía claro qué era lo que deseaba decir. Ni siquiera se molestó en sentarse cuando él se lo comentó, permaneció de pie.

—Solo quería pedirte disculpas... —Él le prestó atención, parándose delante de ella y mirándola tan fijamente que Hollie empezó a ponerse nerviosa y a titubear—. Por lo que... lo que ocurrió... Lo siento, es que... pensé... pensé que...

—Cálmate —susurró Logan.

—Perdona. —Cogió aire—. Lo que hice no estuvo bien. Sé que no debí aparecer en tu casa y no avisarte de algo así, pero no lo pensé. Creí que a alguien como tú no le importaría demasiado y yo... necesitaba...

—¿Qué necesitabas? —insisto él.

—Dejar de ser... ya sabes —atajó.

—¿Por qué necesitabas algo así?

Ella gimió avergonzada y suspiró.

—Porque quiero poder compartir mi vida con alguien y no haber llegado todavía hasta el final me ponía nerviosa y hacía que todas mis citas terminasen siendo un desastre.

Logan comprendió de inmediato a qué se refería y encajó las piezas. Se frotó distraído la mandíbula sin dejar de mirar a la chica menuda y dulce que tenía frente a él. Puede que no tuviese ningún rasgo significativo que llamase la atención, pero a Logan le gustaba su rostro aniñado, su cabello castaño y ondulado y ese cuerpo curvilíneo que era enloquecedor. Había algo en el hecho de que ella no se diese cuenta de lo atractiva que resultaba a los ojos del resto del mundo, que provocaba que a él le gustase todavía más.

—Así que... me utilizaste —resumió.

—Bueno, visto así... —Ella lo miró cohibida.

—Y dime, Hollie, ¿ya has conseguido encontrar a tu príncipe azul?

Ella pensó que era el momento de marcharse por donde había venido. Ya había cumplido su misión, pedirle perdón, quitarse ese peso de encima. Pero se quedó allí, clavada en el suelo.

—Estoy en ello. He conocido a alguien.

—Vaya, ¿dónde? ¿en el supermercado?

Logan notó una sensación rara en el pecho al enterarse de aquello y, no supo por qué, contestó con cierta sorna, aunque se odiaba a sí mismo cada vez que se burlaba de ella.

Hollie dudó antes de responderle.

—En una reunión de solteros...

Lo dijo tan bajito que él tuvo que inclinarse hacia ella para poder escuchar lo que decía y entonces su olor femenino se coló en su nariz, aturdiéndolo.

—¿Estás bromeando? ¿Qué gilipollez es esa?

—¿A ti qué te importa? —contestó ella alterada.

—Seguro que es soso hasta matar del aburrimiento.

—¿Por qué dices eso? ¡En absoluto! —exclamó.

Logan la miró de arriba abajo, sacándole los colores.

—Porque te pega. Y así podréis pasaros las tardes de domingo tejiendo jerséis de lana juntos en el porche de casa para los dieciséis o diecisiete nietos que tendréis.

Hollie se enfureció al escuchar aquello y dio un paso hacia él, a pesar de que ya estaban muy juntos. Demasiado. Se estremeció al percatarse de ello.

—Pues, ¿sabes qué? ¡Eso me encantaría! —gritó—. Es exactamente lo que quiero.

—Seguro que sí —replicó burlón. Alzó un dedo y le acarició la mejilla con suavidad. Ella fue incapaz de apartarse, tan solo se quedó quieta, temblando—. ¿Ya has pensado en cómo vas a complacerle? ¿Has leído algún manual sobre eso?

Hollie odió la superioridad que desprendía él.

—¿Acaso te importa cómo vaya a ser mi vida sexual?

—No lo sé. ¿Te importa a ti, para empezar? —Había cierto desafío en su mirada—. ¿Sabes cómo satisfacer a un hombre, Hollie? —preguntó pegándose más a ella.

—Sé... sé lo que necesito saber... —titubeó.

¿Acaso lo que habían hecho la otra noche no era suficiente? Por lo que ella había podido ver, Logan se había mostrado más que satisfecho. Frunció el ceño al recordar las palabras de Amber cuando le había preguntado por su tamaño y ella le había respondido que ni siquiera había tocado esa parte de su anatomía.

Tragó saliva, nerviosa, cuando él la miró.

Había un brillo peligroso en esos ojos verdes.

—Yo podría enseñarte lo más básico —le susurró.

—No... no creo que sea apropiado... —Respiró hondo.

—Deja de hablar como si vivieses en la época de Jane Austen. —Logan deslizó una mano por su cintura y la pegó a él hasta que sus cuerpos chocaron. Hollie reprimió un gemido ahogado que luchó por escapar de su garganta—. Podría darte a conocer unas reglas sencillas y demostrarte cómo se hacen las cosas. Créeme, tengo práctica y mucha experiencia.

—No lo dudo. —Se lamió los labios secos.

—Odio que hagas eso... —gruñó él.

Hollie apoyó las manos en su pecho dispuesta a apartarlo, pero entonces él se inclinó y le dio un beso en el cuello que la obligó a cerrar los ojos al instante, como si su cuerpo se rindiese ante aquella caricia. Intentó respirar con normalidad mientras sus labios le recorrían la clavícula antes de subir por su barbilla y chocar contra su boca. Ella se quedó sin aliento cuando notó su lengua húmeda acariciando la suya mientras sus manos vagaban por su cuerpo. No estaba segura de en qué momento lo que iba a ser una disculpa se había truncado hasta convertirse en aquello, pero era incapaz de pararlo; lo supo cuando él la cogió de la cintura, levantándola unos centímetros del suelo, y la llevó hasta el dormitorio sin dejar de besarla en ningún instante.

Logan apartó un poco las cortinas de la ventana para que la luz de la luna penetrara en la estancia e iluminara sus sombras. Volvió a besarla, esta vez más lento y dulce.

—Voy a explicarte paso a paso cómo funciona esto... —dijo y Hollie ni siquiera se paró a pensar en si bromeaba o no, porque estaba aturdida por sus labios—. Primero tiene que existir la química, ¿lo entiendes, Hollie? La química entre dos personas no se puede forzar ni buscar, tiene que estar, sin más. Desear fundirte con la otra persona. Y una vez eso existe, viene el impaciente acto de quitarse la ropa... —susurró mientras la desnudaba con rapidez—. Dime si lo has entendido, nena.

Hollie asintió con la cabeza, aturdida al tiempo que él le sacaba el vestido por la cabeza y le desabrochaba el sujetador, que cayó a un lado. Logan la miró.

—Ahora desnúdame tú a mí —le dijo, tan seguro de sí mismo como siempre y con cierta arrogancia.

Hollie cogió aire, nerviosa, y Logan se lo puso más fácil alzando los brazos en alto para que ella pudiese quitarle la camiseta sin problemas. Esa vez sí que lo miró. Se fijó en los músculos marcados de su estómago, en aquel torso que parecía sacado de la portada de una revista y en la fina línea de vello que descendía por su cintura. Con el corazón en la garganta y las manos temblorosas, le desabrochó el cinturón y luego el botón de los pantalones.

Él colaboró para bajárselos. Hollie miró aquel cuerpo perfecto enfundado en esos bóxer oscuros y abultados. Ella estaba temblando, aunque no sabía si de excitación o de nervios. Logan pareció notarlo y se inclinó para besarla y tranquilizarla.

—Cálmate, Hollie —le susurró—. Esto es... se supone que tiene que ser bonito, algo especial, natural. No debería hacer que te sonrojases.

—No puedo evitarlo —admitió.

Él sonrió por aquel comentario al tiempo que le bajaba a ella las braguitas con suavidad, deslizándolas por sus piernas y disfrutando del momento. Después hizo lo mismo con su ropa interior y los dos se quedaron desnudos frente a frente.

—Mírame —le pidió.

—No puedo...

—Vamos, Hollie.

Ella cogió aire y bajó la mirada para contemplar su erección. No estaba muy segura de poder compararlo con nada, claro, pero desde luego aquello tenía que ser *grande* en respuesta a la pregunta de Amber. Tenía la garganta seca. Él intentó reprimir una sonrisa le cogía la mano y la guiaba con suavidad hacia su entrepierna.

—Tócame sin miedo.

Ella se estremeció al hacerlo.

—¿Cómo...? Es que... no sé...

Movió la mano arriba y abajo y él resopló y apretó los dientes. Ella le preguntó si le había hecho daño y fue a soltarlo, pero él la retuvo de la muñeca para indicarle que siguiese haciendo eso mismo. Hollie se sintió poderosa al verlo reaccionar así. Logan no se quedó con las manos quietas, sino que recorrió su cuerpo despacio,

deslizando las palmas de las manos por sus pechos y por las curvas de su cintura y de su trasero. Respiró hondo.

—Para o me correré —advirtió alterado.

Hollie lo soltó, con las mejillas ardiendo.

—¿Qué... qué hago ahora...?

Logan se enterneció al verla así.

—Tumbate en la cama, boca arriba.

Ella obedeció y él trepó despacio por su cuerpo. Atrapó un pezón entre los labios y Hollie gimió, contrariada, cuando él ejerció más presión antes de soltarlo y bajar por su estómago lentamente. Dejó un camino de besos hasta situarse entre sus piernas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Hollie.

—Relájate, nena. Tú solo disfruta.

Ella quiso obedecer, pero cuando lo vio agachar la cabeza y sintió su lengua justo ahí, pensó que iba a morir, porque la atravesó una sensación de placer tan intensa que le tembló todo el cuerpo. Logan la lamió despacio mientras la miraba con aquellos ojos verdes capaces de enloquecer a cualquiera. Hollie se agitó, incapaz de contenerse y mantenerse quieta. Sus gemidos se alzaron en la habitación y sus dedos se hundieron en el pelo oscuro de Logan, algo que a él lo excitó todavía más. De hecho, cuando la vio alcanzar el orgasmo, tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol para no terminar también en ese mismo instante, junto a ella, y eso era algo que jamás le había ocurrido.

Después subió por su cuerpo, le dio un beso y la penetró. Nunca había tenido tantas ganas de estar dentro de alguien. Intentó ser delicado, pero sus embestidas pronto se volvieron fuertes e intensas, y los jadeos de los dos inundaron el dormitorio. Logan le clavó las yemas de los dedos en la cintura para moverse más rápido y más profundamente antes de correrse con un gruñido de placer que para ella fue el sonido más erótico que había escuchado jamás.

—Joder... —Logan cogió aire y se apartó.

Se tumbó a su lado, con la mirada fija en el techo y la respiración aún agitada, porque su pecho subía y bajaba al son de cada bocanada de aire que tomaba.

Cuando se calmó, abrió los ojos.

Ella estaba mirándolo fijamente.

—¿Siempre es así? —le preguntó.

—No. —La besó—. Casi nunca.

—¿Qué quieres decir? —Arrugó su nariz y a Logan le pareció adorable el gesto, algo que, desde luego, no era propio de él. Sería el sexo, que le aturdía.

—Nada. Olvídalo. No pensarás salir huyendo también esta vez, ¿no?

—En realidad debería... —empezó a decir.

—Vamos, ven aquí. No me hagas enfadar.

Hollie lo complació y apoyó la cabeza en su pecho cuando él abrió los brazos dispuesto a acogerla entre ellos. Se quedaron así un buen rato, abrazados en silencio. Ella podía escuchar cómo a él le latía rápido el corazón dentro del pecho. Se dijo que era una suerte que ese mismo lunes empezase a trabajar de nuevo en el instituto,

porque Logan era una distracción que no podía permitirse, una de esas que cuando se te metían dentro ya no podían salir.

Se movió lentamente, un poco perezosa.

—Es tarde, tengo que irme ya —dijo.

—Puedes quedarte a dormir. Y otro asalto...

Logan deslizó la mano por su muslo y ella se estremeció en respuesta, como si su piel lo reconociese y reaccionase al instante. Sacudió la cabeza para quitarse esa idea y se puso en pie. Buscó su ropa interior en el suelo mientras él la miraba fijamente.

—¿Ocurre algo, Hollie? —preguntó con la voz ronca.

—No, solo es que... esto no está bien —admitió.

Él se levantó y se puso la ropa interior, malhumorado.

—Pensaba que habíamos dejado atrás nuestras diferencias.

—Y lo hemos hecho. Más o menos —titubeó—. Pero eso es una cosa y otra muy distinta es esto, quedarme a dormir en tu casa, repetirlo otra vez...

—Hollie, no exageres...

—No debería haber ocurrido.

—De acuerdo. —Logan se pasó una mano por el pelo—. Toma, tu vestido —añadió tras recogerlo del suelo mientras ella se terminaba de abrochar el sujetador.

Cuando estuvo lista, Logan se puso un pantalón de chándal y una camiseta cómoda y le dijo que la acompañaba hasta la puerta. Evitó mirarla antes de despedirse, porque sabía que si lo hacía volvería a besarla y a pedirle que se quedase. No le gustaba cómo lo hacía sentir. Tan cómodo. Tal como le había ocurrido con ella diez años atrás en el interior de ese coche, con la persona menos pensada del mundo... Pero a veces las cosas simplemente surgen, sin buscarlas ni proponérselo.

Cerró la puerta con fuerza.

Mientras volvía a la cama y aspiraba con fuerza la almohada que todavía olía a ella, se preguntó cómo sería ese chico con el que había quedado para tener una cita. Seguro que listo, con un título universitario en el que se hubiese matriculado con todos los honores. Uno de esos tíos que visten con chaquetas con coderas, que se dejan perilla para parecer más interesante y con los que las chicas como ella terminan formando una familia perfecta, de esas que aparecen en las postales de vacaciones con sonrisas inmensas.

Él nunca sería ese tipo de hombre. No había ido a la universidad. Es más, ni siquiera había terminado la secundaria porque se había marchado a los diecisiete años dejando el instituto a medias. No sabía caminar como un estirado ni le gustaba llevar las camisas perfectamente planchadas y metidas por dentro del pantalón. Ni siquiera soportaba la idea de tener que fingir durante más de veinte minutos que era así. Lo que significaba que estaba lejos, muy lejos, de conseguir algún día mantener cerca de él a una chica como Hollie.

Logan siempre sería el que la enseñaría cómo satisfacer a otro hombre con el que sí desease pasarse toda su vida. Y no supo por qué aquella idea le molestó, dado que él no creía en el compromiso, pero lo hizo. Le jodió. Le jodió tanto que le dio un golpe al colchón.

El lunes por la mañana, mientras se arreglaba delante del espejo, Hollie se repitió a sí misma que aquel primer día en el que iniciaba el curso escolar y su trabajo, empezaría también una nueva etapa de su vida. Una de la que Logan Quinn no formase parte, porque no podía seguir dejándose llevar por un deseo tonto en vez de pensar con la cabeza. Y tenía que organizar de una vez su vida, marcando prioridades y objetivos que cumplir.

Satisfecha con sus pensamientos, fue al instituto.

Como todos los comienzos de curso, aquel fue un día largo y complicado. Los alumnos estaban exaltados y no dejaban de hablar después de las vacaciones de verano. Tuvo que pedirles tres o cuatro veces que se callasen antes de conseguir que lo hiciesen.

—Bien, gracias por vuestra atención. —Se colocó bien las gafas en el puente de la nariz subiéndoselas con el dedo—. Como intentaba decir, hoy empezáis un nuevo curso, el último y también el más importante porque condicionará todo vuestro futuro. Tenéis que pensar que en pocos meses comenzarán a llevarse a cabo las solicitudes a la universidad y que es importante que trabajéis desde el principio y no de cara a la recta final.

Paró de hablar cuando llamaron a la puerta.

Una chica de cabello castaño y ojos redondos la miró con timidez.

—Hola, me llamo Brenda, creo que esta es mi clase...

—¿Eres nueva, Brenda? —Hollie cogió la lista de alumnos y, cuando la repasó, encontró aquel nombre casi al final—. Vale, sí, ya te veo. Pasa, cielo, siéntate en ese hueco libre.

Brenda obedeció y caminó entre los pupitres con la mochila al hombro. Cuando se acomodó, Hollie prosiguió con aquella charla que pretendía motivar a los alumnos antes de que el curso empezase. El primer día solía ser relajado y más dinámico.

Cuando acabó las clases al mediodía, se dirigió al comedor del centro para coger algo preparado. Estaba en la fila del profesorado con una bandeja cuando distinguió cierto rostro familiar. Se quedó de piedra, observándolo. Él sonrió al verla.

—Vaya, ¿qué haces aquí? —le preguntó.

—Trabajo aquí. ¿Y tú? —Ella lo miró.

—También. —Greg sonrió—. Te dije que me había mudado —siguió comentando mientras pedía que le pusiesen un poco de sopa—. Fue por la plaza que conseguí en este instituto, pensé que valdría la pena hacerlo, aunque fuese un par de años y decidí ir a esa reunión para conocer a gente de los alrededores. Ya sabes, estoy solo aquí.

—¡Qué casualidad! —exclamó sorprendida.

—Ya ves. Te iba a llamar para quedar este próximo sábado, pero creo que no habrá problemas en preguntarte directamente en persona si te apetece ir a cenar.

Hollie intentó reprimir una risita.

—Sí que me apetece —contestó.

Ella se encargó de que Greg no se sintiese solo y de presentarle a algunos profesores de otros cursos que todavía no había tenido la oportunidad de conocer. Después se sentaron en la mesa a comer, junto a otros compañeros. Mientras se llevaba un trozo de brócoli a la boca, Hollie no pudo evitar fijarse en la chica nueva, Brenda, y en el hecho de que estaba sentada sola en una mesa, comiendo, mientras escuchaba música con los auriculares.

Cuando se terminó su comida y quitó la bandeja, se acercó a ella.

Hollie tenía una tendencia natural a preocuparse en exceso por sus alumnos. Todavía más con aquellos que no parecían encajar bien, porque le recordaban a ella misma...

Se sentó enfrente de la chica, que se bajó los cascos.

—Hola. Eres Brenda, ¿verdad? —preguntó para entablar conversación, aunque recordaba perfectamente su nombre.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Y usted la señorita Stinger, ¿no?

—Llámame Hollie, a secas. Todos lo hacen.

La chica le dirigió una sonrisa sincera de oreja a oreja.

—De acuerdo. Lo haré.

—¿Qué estás escuchando?

—Rock de los ochenta. Es un disco que me regaló mi hermano. Una recopilación.

—Los ochenta fueron los mejores. —Hollie sonrió cómplice—. ¿Y a qué se debe que estés aquí sentada sola? ¿Has tenido problemas con algún compañero?

—No, supongo que simplemente soy la nueva.

—¿Quieres que te presente a algunas chicas?

—No es necesario, señori... Hollie —se corrigió y pareció un poco avergonzada por la sugerencia—. Me imagino que la situación mejorará cuando vaya conociéndolos en clase.

—Claro. —Asintió, aun sin estar demasiado convencida—. Me encantaría poder reunirme con tus padres algún día de esta próxima semana. Hablar de tus notas, de cómo te iba en tu anterior instituto y, ya sabes, ponernos al día —aclaró.

—No creo que eso sea posible...

—¿Les supone un problema?

—Mi hermano mayor es mi tutor.

—Ah, bueno, en ese caso... puede venir él.

Brenda sonrió un poco más tranquila y cogió aire.

—Le preguntaré qué día le viene bien y se lo diré.

—Claro. Ven a verme cuando lo sepas.

Hollie se levantó de la mesa y vio por el rabillo del ojo cómo Brenda volvía a ponerse los auriculares antes de que ella diese media vuelta y saliese del comedor.

Esa tarde, en vez de quedar en la cafetería como siempre, Amber les preguntó a ellas si podían ir a merendar a su casa. Así que, sobre las cinco, Hollie llamó al timbre. A una parte de ella le había alegrado aquel cambio de planes, porque ir a la cafetería suponía tener que estar justo delante del taller en el que trabajaba Logan y eso le parecía una tortura. Pero a la otra parte, esa que no quería ni pararse a escuchar, le habría resultado agradable poder verlo porque, después de lo que había ocurrido entre ellos dos días atrás, aquel sábado, Hollie no podía sacárselo de la cabeza. No solo el acto en sí, sino que hubiese sido con él.

Apenas había dormido durante esas dos noches. En cuanto cerraba los ojos sentía un delicioso hormigueo entre las piernas al recordar la voz ronca de Logan gimieando en su oído y esa manera que tenía de mirarla de arriba abajo devorándola con los ojos como si ella fuese especial, atractiva e inteligente.

A Hollie nunca antes la habían mirado así.

Se obligó a tranquilizarse mientras subía las escaleras y, cuando llegó, descubrió que la puerta ya estaba abierta. Al entrar, vio a Katie y Amber saltando en el sofá como locas.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Hollie.

—¡Ezra me ha pedido que me case con éeeeeeeel! —gritó Amber.

Y un minuto después eran tres las que saltaban en el sofá entre chillidos.

Amber estaba eufórica y no dejaba de mirar el pequeño anillo que llevaba en el dedo. Les pidió que se sentasen y regresó un minuto después con una botella de champán en la mano. La descorchó golpeando el techo con el tapón y riendo antes de servir las tres copas.

—Ya sé que es lunes, pero tenía que celebrarlo.

—¿Cuándo fue? —preguntó Katie

—Anoche. Después de cenar.

—¿Y cómo fue? —Hollie la miró.

Se imaginó el día que aquello le ocurriese a ella, si es que llegaba a pasar. Lo deseaba tanto que algo se encogió en su estómago al pensarlo. Suspiró hondo.

—Precioso. —Amber hizo un puchero—. Ezra juró que jamás volvería a casarse después de que su anterior matrimonio fuese un desastre, así que no me lo esperaba. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Bueno, vale, sí, miento. Se me había pasado por la cabeza, pero en plan ilusión imposible —parloteó—. Así que, cuando ayer paró la película que estábamos viendo y se sacó el anillo del bolsillo casi me da un infarto.

—¿Te lo pidió en mitad de una película? —preguntó Katie.

—Sí. Y fue precioso. —Ignoró la cara de su amiga—. Me pareció... muy real. En medio de nuestro día a día. Es lo que más me gusta, cuando llega la noche y por fin podemos vernos, hacemos la cena juntos y luego nos sentamos en el sofá y nos damos mimitos.

—Ohhhh. —Hollie iba a llorar corazones de purpurina de un momento a otro.

—Tienes razón, es bonito —admitió Katie sonriendo.

—Y él estaba muy nervioso. Le temblaba la mano.

—Qué tonto. —Katie se rio.

Hollie quería decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. Porque ella ni siquiera tenía muy claro qué sería una declaración bonita o no, ella ni siquiera había imaginado nunca cómo le gustaría que fuese aquel momento porque lo veía tan lejano...

—Así que, ¡brindemos! —gritó Amber.

Las tres chocaron sus copas. Ella bebió un trago largo.

—Y tú, ¿qué nos cuentas?, ¿alguna novedad? —le preguntó Katie.

*Logan Quinn me dio una clase sexual que no olvidaré en mi vida*, recordó, pero no consiguió que las palabras saliesen de su garganta, así que negó con la cabeza hasta que recordó algo.

—Ah, sí, lo había olvidado, ¡Greg trabaja en mi instituto!

—¿Greg? ¿El de la gorra y la merienda de solteros?

—El mismo. Vamos a ir a cenar juntos la próxima semana.

—¡Parece cosa del destino! —exclamó Katie emocionada.

A Hollie le hubiese encantado sentirse igual, con ese entusiasmo, pero tenía una especie de bola en el estómago que la incomodaba todo el tiempo y no conseguía sacarla de allí. Intentó pasar la velada lo mejor posible e ignorar esa sensación. Pidieron comida china para cenar temprano y, cuando estaban terminando entre risas y confesiones, se escuchó la cerradura de la puerta girando y Ezra apareció en el comedor poco después.

—Chicas —les sonrió—. ¿Cómo va eso?

—Aquí, celebrando que eres un buen novio —respondió Amber feliz.

Él se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

—¿Necesitáis algo? —les preguntó.

—¿Nos traerías el vino que hay en la nevera?

Ezra miró la botella de champán a medio terminar que estaba en la mesa y reprimió una sonrisa antes de ir a la cocina y regresar con el vino. Lo dejó en la mesa que estaba delante del sofá en el que se sentaban las tres. Luego se estiró y suspiró.

—Voy a darme una ducha, estoy agotado.

—¿Por qué has vuelto tan tarde? —preguntó Amber.

—Estaba con mi amante —respondió él.

Su novia le lanzó un cojín que le dio de lleno en la cara y Ezra se echó a reír.

—¡No seas niño! —le riñó.

—A partir de ahora puede que tenga que salir un poco más tarde algunos días —dijo al final, mientras se frotaba la barbilla—. Lo siento, cariño.

—¿No se supone que para eso contrataste a Logan?

Hollie sintió cómo se estremecía solo al escuchar ese nombre.

—Sí, pero a partir de ahora le he dado dos tardes libres a la semana.

—¿Y eso se debe a...? —Amber arqueó una ceja.

—Asuntos personales —respondió.

—¿Qué asuntos? —inquirió Amber.

—Cariño, ¿la palabra *personales* no te dice nada?

Hollie deseó fundirse con la pared. Estaba empezando a ponerse roja y tenía la sensación de que Katie lo notaba, porque los otros dos desde luego no le estaban prestando atención. Cuando por fin dejaron de discutir (Ezra se salió con la suya y le hizo comprender a Amber que no podía contarle algo que no le concernía a él), Hollie se dedicó a mirarse los dedos en silencio, como si hubiese algo la mar de interesante en contemplarse las uñas.

Katie se movió a su lado y la rozó con la rodilla.

—Cielo, ¿hay algo que no nos hayas contado?

—No, ¿por qué? —preguntó con la voz aguda.

—Porque eres tan transparente que es imposible no darse cuenta de que estabas a punto de levantarte y largarte corriendo en medio de la conversación. —Katie frunció el ceño—. Oye, si Logan te ha hecho algo malo nos lo tienes que contar, Hollie...

—¡No, no es eso! —Se apresuró a decir—. No me hizo nada malo...

—¿Entonces? Vamos, ¿no confías en nosotras?

Sí lo hacía. Solo es que le avergonzaba hablarlo...

—Me hizo algo bueno —confesó al fin.

—¿Algo bueno?, ¿te ayudó a cargar las bolsas de la compra?, ¿te compró bombones? Sé un poco más específica, Hollie —pidió Amber.

Hollie se retorció las manos, nerviosa, y suspiró.

—Bueno, pues resulta que... me dio una clase sexual o algo así... —soltó.

—¡La leche! —Amber se puso en pie de un salto.

—¿Te has vuelto a acostar con Logan? —gritó Katie.

—¡DETALLES! —Exigió Amber volviendo a sentarse.

—¿Y qué pasa con Greg? —Katie arrugó la frente.

Hollie se sintió un poco abrumada. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención, ni siquiera cuando se trataba de sus amigas, porque nunca tenía muchas cosas que contar. Normalmente solía ser Katie la que les hablaba de James o, más tarde, Amber les contaba con pelos y señales todo lo que ocurría con Ezra. Y ella se había acostumbrado a escuchar, sonreír y aconsejar, pero nunca había estado en el otro lado.

—Es grande. —Soltó lo primero que se le pasó por la cabeza, un poco aturullada, y luego se puso roja como un tomate.

Amber y Katie la miraron en silencio.

—¿Grande? —Amber arqueó la ceja.

—Su... su... ya lo sabes, ¡no me hagas decirlo!

Hollie se llevó las manos a la cara y sus amigas se echaron a reír.

—Vale, necesitamos esa copa de vino con urgencia —dijo Katie.

Sí, le sentó bien darle un trago largo cuando se la tendió llena.

—Recapitulemos. Te has tirado a Logan. Otra vez.

—¿Debería preocuparme? —preguntó Hollie bajito.

—Cielo, creo que a eso solo puedes responder tú.

—¿Significó algo? —preguntó Amber.

—No. No, claro que no. —Tosió, alarmada—. ¿Cómo va a significar algo? Es Logan Quinn, ¡por Dios! El chico que se pasó medio instituto sin mover un dedo cada

vez que se reían de mí los demás y el que dio la estocada final. *No puede* significar nada —aclaró.

—Entiendo... —Katie frunció el ceño con levedad.

Amber pareció dudar antes de decir lo siguiente:

—Quizá Ezra tenga razón, quizá... haya cambiado.

—Da igual. —Hollie se removió incómoda—. No me gusta. No es el tipo de persona que me interesa. Ni siquiera puedo imaginarme compartiendo mi vida con alguien como él. Es más, tampoco sé qué ha estado haciendo todos estos años. Creo que en la cárcel. Maravilloso.

—¡Para el carro, Hollie! —Katie se rio—. Nadie te está diciendo que vayas a casarte con él, Amber solo ha sugerido la idea de que quizá, solo quizá, haya cambiado un poquito y ya no sea el mismo chico que conociste en el instituto.

Hollie se mordió el interior del carrillo, incómoda.

Ella sí se lo había imaginado ya todo en su cabeza, porque era así de precavida a la hora de analizar las cosas. Ya había calculado que sería el tipo de hombre que, desde luego, al acostarse no le daría solo un beso de buenas noches, sino que le haría el amor con esa intensidad que le había demostrado. Sin embargo... no podía ver junto a él la otra escena, la de por la mañana, esa en la que ella estaba sentada en la cocina comiendo tostadas y rodeada de niños. No imaginaba a Logan siendo responsable, un hombre familiar, no sabía por qué.

—Voy a salir con Greg —concluyó como si eso lo respondiese todo.

Greg era un tipo interesante.

Mientras cenaban en un acogedor restaurante de un pueblo cercano, le habló de su infancia (creció en una granja), de cómo se había esforzado por conseguir una beca para ir a la universidad y de lo mucho que le fascinaban los números (era profesor de matemáticas).

A Hollie la conversación le pareció muy agradable y, cuando quiso darse cuenta, ya estaban comiéndose el postre. Miró con deseo la crema de chocolate que él había pedido.

—Puedes probarla, si quieres —la animó.

—Gracias. —Ella sonrió y cogió una cucharada.

Se la llevó a la boca. Estaba cremosa y deliciosa.

—He oído que dentro de un mes se celebra el baile de otoño para inaugurar el curso.

—Sí, suele ser un momento muy especial para los chicos del último año, ya sabes, se ponen nostálgicos cuando se dan cuenta de que están a punto de adentrarse en la recta final.

—He oído lo que dicen de ti —soltó Greg—. Que eres una gran profesora.

Hollie intentó no sonrojarse, pero no lo logró.

—Me encanta enseñar. Siempre fue mi sueño.

—El mío también. —Greg le sonrió con ganas.

Ella correspondió su sonrisa y anotó mentalmente todas esas cosas que tenían en común. Con Greg, sin lugar a dudas, sí que se imaginaba desayunando por la mañana rodeada de niños y comentando de forma informal las noticias del día tras echarle un vistazo al periódico y darle un trago a su café. Quizá le costaba más ubicarlo en esa parte en la que se iban a dormir y él se dejaba llevar por la pasión, pero estaba dispuesta a comprobarlo.

Cuando terminaron de cenar, regresaron al pueblo y dieron un paseo por las calles antes de dirigirse al único local que estaba abierto a esas horas. Hollie entró junto a él y le presentó a algunos conocidos con los que se cruzaron antes de que pudiesen acercarse hasta la barra. Pidieron dos copas y se quedaron allí, charlando animadamente.

Un rato después, cuando se las terminaron y Hollie distinguió por encima del hombro dos ojos verdes fijos en ella, le sugirió que se marchasen ya. Él se ofreció para acompañarla a casa y caminaron tranquilamente mientras le recitaba todas y cada una de las estrellas que había en el cielo, porque no solo era un amante de los números, también de la astrología.

Al llegar al portal, ella lo miró nerviosa.

—Lo he pasado bien —le dijo.

—Yo también.

—Así que...

—Nos vemos el lunes.

—Claro. Buenas noches, Hollie.

Él estaba a punto de darse media vuelta. Ella esperaba que hubiese intentado besarla antes de despedirse, pero, claro, Greg era un hombre correcto, así que fue Hollie la que decidió que por una vez podía llevar las riendas de la situación. Dejó atrás la timidez y lo sujetó de la muñeca para retenerlo. Se puso de puntillas y lo besó.

Fue un beso sencillo y suave. Greg reaccionó pasados unos segundos y le sostuvo las mejillas con delicadeza, nada que ver con los movimientos rudos y salvajes de Logan cuando la besaba como si el mundo fuese a reducirse a cenizas de un momento a otro. Pero ¿qué hacía pensando en él cuando estaba besándola un chico delante de su portal? Hollie se obligó a concentrarse en el tacto de sus labios, intentando encontrar algún rastro de química.

Aunque, visto de una forma objetiva y científica, la química no era algo tan necesario, ¿no? Hollie pensaba que los cimientos de un buen matrimonio eran el respeto y la amabilidad. Poder compenetrarse sin problemas.

Cuando se separó, Greg la miró sonriente.

—Gracias por esta noche, Hollie.

—Gracias a ti —consiguió decir con un nudo en la garganta.

Logan estaba debajo del vehículo, tumbado, y alargó una mano al pedirle a Ezra que le pasase unas tenazas. El otro se las dio y Logan volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo. No hablaron hasta que terminó de reparar la fuga que había en el vehículo y se levantó, sacudiéndose los restos de hollín y limpiándose la cara.

Se dio cuenta de que Ezra lo miraba fijamente.

—¿Qué ocurre?, ¿qué miras?

—Nada. Olvídalo.

—Va, suéltalo, tío.

A esas alturas tenían la suficiente confianza como para saber cuándo el otro estaba pensando algo que no decía. Logan se había encariñado fácilmente con Ezra, no solo porque era la única persona que le había dado una oportunidad al llegar, sino porque le parecía un buen tío, de los legales, y quedaban pocos de esos. Además, durante aquella difícil semana llena de cambios en su vida, lo había ayudado dándole dos tardes libres.

—El otro día escuché algo... —empezó a decir.

—Ve al grano, Ezra —gruñó.

—Las chicas vinieron a casa a celebrar con Amber lo de que estamos prometidos y eso. Yo llegué más tarde, pero escuché algo cuando estaba en el pasillo.

—Te voy a matar como no lo sueltes ya.

—Hollie dijo que os habíais acostado.

Se miraron en silencio en medio del taller.

—No mentía. —Se limitó a decir Logan.

No le gustaba hablar de su vida personal.

—Joder, ¿tú y Hollie? —Ezra resopló—. ¡Eso es una locura, hombre! Sois polos opuestos. Y no quiero que le hagas daño, es una chica muy sensible.

Cansado, Logan se estiró mientras suspiraba.

—No voy a hacerle daño, estate tranquilo por eso.

*En todo caso será al revés, se dijo, esa chica acabará contigo.*

Pero él no iba a dejar que volviese a ocurrir nada entre ellos. Ni tampoco se derretiría otra vez en cuando la viese delante de su puerta o estuviesen de nuevo a solas. No, nada de eso.

—Eso espero. Ya sabes, lo ha pasado mal.

—Soy consciente de ello, créeme.

—¿Es cierto que tú...? —Ezra se quedó a medias.

—Si vas a preguntarme por ese baile de fin de curso, sí, es cierto —contestó.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó el otro.

—No lo sé. Era un crío. —Cogió un trapo para limpiarse las manos—. Apenas tenía contacto con mi familia y pensaba que los idiotas de mis amigos eran todo mi mundo. Así que cometí el error de seguirles el juego. Ni siquiera lo pensé.

—Todos nos hemos equivocado alguna vez...

Logan se encogió de hombros y sacudió la cabeza, contrariado.

—¿Y puede saberse qué hacía hablando con sus amigas de algo así?

—¿Te sorprende? —Ezra se echó a reír—. Tío, las chicas hablan de todo. Cuando digo *todo* es *todo*, con lujo de detalles. Ya lo sabes para la próxima vez.

—No habrá una próxima vez —farfulló.

Ezra reprimió una sonrisa antes de meterse en el despacho.

Hollie se colocó bien las gafas y cogió aire.

—De acuerdo, chicos, espero que las tareas que os he mandado hayan quedado claras, pero, si tenéis alguna duda, no dudéis en venir a verme durante la hora de tutoría.

—¿Podemos salir ya? —preguntó Dean, un alumno.

Ella alzó el brazo para mirar la hora y asintió.

—Sí, ya podéis recoger e iros.

Al instante una estampida de alumnos pareció ponerse en pie. Hollie intentó no echarse a reír mientras cogía sus carpetas y los exámenes iniciales y salía la última. Era la una del mediodía y tenía una reunión con el tutor de Brenda, la chica nueva.

Se dirigió a paso rápido hasta su despacho. Entró, se sentó en su mesa y ordenó los pocos papeles sueltos que había encima, antes de buscar el expediente de la chica.

Un minuto después, llamaron a la puerta.

Hollie preparó la mejor de sus sonrisas.

—Puede pasar —contestó amablemente.

Su sonrisa se tensó en una fina línea cuando su mirada chocó con esos ojos verdes que conocía bien. Logan pareció sorprenderse en un primer momento, pero se recompuso enseguida antes de entrar, cerrar la puerta a su espalda y sentarse en la silla que estaba delante de la mesa de madera oscura. Le tendió la mano por encima.

—Encantada de conocerla, señorita Stinger.

—Logan... —susurró ella consternada.

—Llámeme Quinn. O Señor Quinn, que suena aún mejor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —bramó furiosa.

—¿Tan lista y no lo has deducido sola?

—Este es mi lugar de trabajo, es un asunto serio y...

—Soy el tutor de Brenda —aclaró.

—Imposible. —Hollie abrió su expediente—. ¿De Brenda Fisher?, ¿por qué?

—Porque soy su hermano —contestó.

Ella parpadeó alucinada, sin dar crédito.

—No lleva tu apellido —insistió.

—Hermanos por parte de madre.

—¿Y dónde está su madre?

Él la fulminó con una mirada dura.

—Eso no es asunto tuyo, Hollie.

—Perdona, es solo que... no me lo esperaba —titubeó—. Está bien. Así que eres el hermano y el tutor legal de Brenda.

—Exacto. Me dijo que querías hablar.

Hollie hizo un esfuerzo enorme por tragarse toda la curiosidad e intentar ser profesional.

—Sí, le pedí que concertase una reunión para tratar ciertos detalles. Ya sabes, es una alumna nueva, siempre cuesta un poco adaptarse. Pasó unos primeros días más duros, pero creo que esta semana lo lleva mucho mejor...

—¿Brenda estuvo mal? —preguntó preocupado.

—Oh, no. Un poco sola. A eso me refería.

—¿Cómo de sola? —insistió y ella no pudo evitar enternecerse ante el interés y la necesidad de protección que vio en esos ojos verdes que la miraban.

—En la cafetería. Es normal. Esta semana ha hecho un par de amigas y parece que le va bien, no te preocupes. En cuanto a lo otro... quería saber cómo han sido sus notas hasta la fecha, qué ideas tiene para el futuro, ¿planea ir a la universidad?

—Por supuesto que sí —se apresuró a contestar Logan.

—¿Qué tal le fue en los cursos anteriores?

—Bien, es una chica lista —respondió él.

—De acuerdo. ¿Has hablado con ella sobre a qué universidades quiere ir? Sería interesante valorar la nota media de cada una de ellas y trazar una meta concreta y asequible.

—¿Asequible? —Logan parpadeó.

—Imaginé que lo tendrías en cuenta.

Hollie titubeó de nuevo al ver la expresión furiosa en el rostro de Logan. Él respiró hondo y cerró los ojos antes de abrirlos y fulminarla con la mirada.

—Brenda irá a la universidad que quiera. Pediré los préstamos que hagan falta.

—No pretendía ofenderte... —replicó rápidamente ella.

—No me has ofendido —aclaró Logan. Luego, cuando se calmó, la miró—. Creo que quiere ir a Stanford. También le gusta Columbia.

—De acuerdo. —Al coger un bolígrafo para anotar eso en un papel y meterlo en su expediente, Hollie se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—¿Hay algo más que necesites saber? —preguntó él.

—Cualquier cosa que sea útil sobre ella estará bien.

—Es lista, saca buenas notas, no da problemas e irá a la universidad que quiera —enumeró Logan antes de ponerse en pie—. Creo que eso es todo.

Hollie se levantó a la vez y se acercó a él, nerviosa.

—Logan, espera. Si he preguntado algo que te ha molestado, yo solo...

—No has hecho nada. —Él no pudo evitar fijarse en los botoncitos de su vestido que recorrían la zona del escote. Se imaginó rompiéndolos dándole un tirón a la tela antes bajarla para cubrir sus pechos con su lengua. La miró. Con sus gafas y esos labios contraídos en una mueca, lo último que debería haberle parecido es apetecible, pero Logan era incapaz de sacársela de la cabeza y lo encendía como no recordaba que nadie más hubiese hecho nunca. Dio un paso hacia ella antes de marcharse—. ¿Tuviste tu cita perfecta? —preguntó.

Ella tardó en contestar, porque sabía que Logan la había visto en el local dos noches antes con Greg, pero por alguna razón quería que ella respondiese.

—Sí, la tuve. —Tragó saliva lentamente.

—¿Y qué tal fue? ¿Te sirvió mi clase?

—No pienso responder a eso. Y menos aquí.

Logan se giró y le puso el pestillo a la puerta antes de volver a mirarla.

—Fin del problema, nadie podrá abrir y oírte. Responde ahora.

—Logan, te estás pasando —lo advirtió.

—Creo que, después de instruirte gratuitamente, lo menos que merezco es saber si sirvió para algo o si me hiciste perder el tiempo.

Logan notó un nudo en el estómago al decirle aquello, pero lo ignoró. Porque, aunque se había prometido escapar de allí cuando antes y no volver a tocarla, al ver esos botoncitos de su escote había perdido el control. Porque solo de imaginar que otro hombre la besase ahí, en ese hueco perfecto, deseó hacerlo añicos y borrarlo de la faz de la tierra.

—Eres un cretino —masculló ella.

—Un cretino que te gusta demasiado...

Logan se pegó a su cuerpo y las rodillas de Hollie chocaron contra la mesa de su despacho. Para no caerse y terminar sentada encima, se sujetó a los hombros de él y alzó la cabeza para mirarlo, un poco aturdida. Logan sonrió y luego le dio un beso largo e intenso que a ella la dejó temblando y con el corazón acelerado y pidiéndole más.

—Dime una cosa, ¿te besó? —preguntó él.

Hollie lo miró fijamente a los ojos antes de contestar.

—Lo besé yo —contestó.

Una expresión peligrosa cruzó el rostro de Logan.

Sus dedos largos y masculinos se posaron en sus labios y los acariciaron despacio, sin dejar de mirarlos embelesado, respirando pesadamente.

—¿Y te gustó? —masculló.

—No lo sé —susurró ella.

—¿No sabes si un beso te gustó?

Hollie dudó, con las pulsaciones a mil por hora.

—No estuvo mal. —Fue capaz de decir.

—¿Te tocó así? —preguntó Logan deslizando una mano bajo la falda del vestido y subiéndola hasta acariciar el borde de la ropa interior. La apartó a un lado.

Hollie notó que se quedaba sin aire.

—No —jadeó.

—¿Y así...?

Él hundió un dedo en su interior.

—No...

Logan la acarició despacio con los dedos en el lugar exacto que Hollie necesitaba aliviar. Ella apenas podía creerse que estuviese haciendo aquello allí, en su despacho, en el trabajo, con lo responsable y tímida que era siempre de cara a los demás. Cuando notó que el placer la sacudía, escondió el rostro en el pecho de Logan para no gritar y se sacudió contra él.

Logan le colocó bien la falda y luego la abrazó.

Acercó la boca a su oreja para susurrarle.

—Si no te hace sentir así, es que no te merece.

La soltó de golpe. Hollie se sujetó al borde de la mesa para no caer.

—¿Y qué papel juegas tú en todo esto?

Logan se giró con la mano ya en el pomo.

—Yo solo soy el chico malo, ¿recuerdas? El que nunca se queda con la chica.

Y sin más, abrió la puerta y se marchó, dejándola descolocada y con los ojos húmedos. Parpadeó para no llorar, porque lo que estaba empezando a sentir era demasiado caótico.

Logan pasó la página del libro que estaba leyendo con un suspiro, sin dejar de pensar en cierta chica con gafas que iba a volverlo loco. Antes de que pudiese volver a recordar por enésima vez lo que había ocurrido en el despacho, Brenda entró en casa cargada con las bolsas de la compra que acababa de ir a hacer, porque se había empeñado en que hiciesen juntos un pastel de chocolate y base de galleta.

Él se puso en pie y entró en la cocina.

—¿Lo has encontrado todo? —preguntó.

—Sí, y virutas de colores para poner encima.

Sonrió al verla así de contenta y animada. La ayudó a sacar los cazos que necesitaban y el molde que iban a usar para el pastel. Una vez todo estuvo listo, prepararon los ingredientes.

—Así que, ¿cómo fue la reunión con la profesora?

—Bien. Rápida. —E intensa, recordó.

—¿De qué hablasteis? —insistió su hermana.

*De si el tío con el salía la besaba como lo hacía yo.*

Carraspeó antes de contestar, un poco nervioso.

—De tus notas, de las universidades a las que quieres ir.

—¿No preguntó por qué tú eras mi tutor?

—Sí —admitió.

—¿Y qué respondiste?

—Que no era asunto suyo.

—¿Le dijiste eso a Hollie!?

—Sí, no grites. ¿Y desde cuando la llamas por su nombre de pila?

—Ella me pidió que la llamase así. Y grito porque deberías habérselo explicado. Hollie me cae bien. Es maja y resulta fácil hablar con ella. Ojalá mis profesores del anterior instituto hubiesen sido así —resopló.

Logan la miró de reojo y luego volcó la mezcla de galleta en el molde, mientras el chocolate aún se estaba fundiendo. Brenda parecía pensativa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Logan.

—Nada, me preguntaba si... es una tontería.

—No, cuéntamelo. Sea lo que sea.

—Si tú vivías aquí de joven... —Se mordió el labio—. Hollie nos ha contado que ella también estudió en ese instituto. ¿Os conocíais?

Logan contuvo el aliento. No le apetecía responder.

—Sí, un poco —admitió.

—¿Y cómo era ella?

—¿Por qué te interesa tanto?

—No lo sé, me parece admirable que una chica de este pueblo tan pequeño consiguiese ir a una de las universidades más prestigiosas y que luego decidiese volver para dar clases y que otros pudiesen lograr lo mismo —explicó removiendo el chocolate.

—Era muy lista. Como tú —dijo Logan.

Notó un nudo en el estómago al recordar a esa chica joven, con aparato, gafas y ropa que no la favorecía en absoluto. La vio en esos mismos pasillos del instituto, cuando caminaba con la cabeza gacha cada vez que alguien la insultaba. Si ahora pudiese volver atrás en el tiempo, los cogería a todos del cuello y les daría una paliza. Lo que era algo muy irónico, porque entonces, claro está, tendría que darse una paliza a sí mismo.

—¿Crees que iré a la universidad como ella?

—Claro que sí. Has vivido una época difícil, pero ahora todo será diferente, Brenda. Ya verás, sin sorpresas. Un año tranquilo para que puedas estudiar y disfrutar de esta etapa.

—Gracias por todo, Logan. —Lo abrazó.

Él se quedó clavado en el sitio antes de corresponder ese abrazo. Le había costado mucho llegar a ese punto de su vida, hacerse cargo de sus responsabilidades y aceptar que hay cosas que no puedes cambiar, como la familia en la que naces, pero que sí podía empezar a mejorar otras por sí mismo, con esfuerzo, paciencia y ganas.

—No tienes que dármelas —contestó.

—Sabes que sí. Y, por cierto, este sábado celebra Kelsey su cumpleaños y me ha invitado.

—¿Dónde es? —preguntó frunciendo el ceño.

—En su casa. No estarán sus padres.

—Eso no ayuda, Brenda —gruñó.

—¡Pero todo el mundo irá! Y te prometo que estaré aquí a las dos.

—A la una —contestó él.

—A la una y media.

Logan puso los ojos en blanco.

—Está bien —accedió—. Ni un minuto más.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Y así tú también podrás salir y despejarte un rato.

—No necesito despejarme —farfulló.

—Claro que sí. Sé que cuidar de mí es un engorro.

—No vuelvas a decir eso —le advirtió.

—Pues promete que saldrás un rato.

—Te lo prometo —dijo finalmente.

Ella sonrió. Al parecer, de repente Logan era incapaz de negarse cada vez que su hermana o cierta chica de gafas le pedían algo. Se estaba convirtiendo en otra persona incapaz de seguir sus instintos habituales, que eran los de pensar primero en él mismo.

Hollie se miró en el espejo de su habitación tras quitarse la ropa. Contempló su cuerpo desnudo preguntándose por qué siempre se había sentido tan insegura. Cuando Logan la tocaba, se sentía poderosa y atractiva, porque podía leer el deseo en sus ojos y era real, de ese que apenas puede contenerse. Hasta ese momento, Hollie ni siquiera pensó que podría causar ese efecto en un hombre. Y menos en uno que, seguramente, habría estado con muchas chicas mil veces más guapas y esbeltas de lo que ella era.

Sopesó sus pechos en las manos, recordando cómo él los había besado. Se estremeció solo al volver a recrear ese momento en su mente, la manera en la que él la tocaba.

Llevaba horas pensando en él. Y no podía quitarse de la cabeza que cuando Greg estaba cerca de ella debería sentirse igual que cuando lo hacía Logan. Derretida por su mirada. Con el pulso acelerado ante la misma caricia. Incapaz de apartarse cuando la besaba...

¿Por qué no lograba sentirse de esa manera...?

Logan deseó retorcer algo con sus propias manos en cuanto la vio allí, sentada en el taburete frente a la barra y al lado de ese tipo estirado que parecía aburrirla mientras hablaba. De hecho, vio cómo Hollie se llevaba una mano a la boca para disimular un bostezo.

Atravesó el lugar, paró delante de ellos y pidió una cerveza.

Hollie lo miró durante unos instantes, pero no dijo nada, ni siquiera lo saludó, como si se hubiese quedado bloqueada. Él pensó, en cambio, que, por supuesto, se avergonzaba de él. Cogió su cerveza aún de peor humor y desapareció de allí internándose entre la multitud. Ezra lo sujetó del codo cuando llegó hasta donde él y James estaban.

—Hey, ¿qué pasa? Alegra esa cara, es tu noche libre, ¿no?

Asintió. Había dejado a su hermana en esa fiesta media hora antes y, tal como le prometió, había decidido salir un rato después a tomar algo. James le sonrió.

—He estado pensando... deberías venir a mi boda.

—¿Yo? ¿A tu boda? —Lo miró alucinado.

Habían hecho buenas migas durante aquellos días, pero James siempre había sido su opuesto y Logan jamás pensó que lo consideraría digno de acudir a su enlace. Cuando estaban en el instituto, él iba con los chicos problemáticos del pueblo y James salía con el grupo de los deportistas, esos que nunca terminaban metiéndose en líos grandes y, si lo hacían, sus padres acababan por solucionarles el problema a base de tirar de talonario.

—Claro, ¿por qué no? Estará bien.

—¿Cuándo es? —preguntó.

—En dos semanas.

—De acuerdo.

No tenía ropa adecuada, desde luego. Como si Ezra pudiese adivinar lo que estaba pensando, se inclinó hacia él para susurrarle al oído.

—Bastará con unos vaqueros y una camisa sencilla.

Logan asintió y le dio las gracias.

Se pasó el resto de la noche inquieto, sin dejar de mirar aquel rincón en el que ella estaba con ese tipo, charlando sin parar. Eso sí, no hacían nada más. Solo hablaban y hablaban y hablaban. Si él hubiese estado sentado ahí, ya tendría su mano apoyada en esa rodilla redondeada que ella dejaba a la vista al cruzar las piernas y subírsele el vestido. De hecho, era probable que su boca estuviese cubriendo la de ella y...

¿En qué estaba pensando? Parecía un crío con fantasías.

Sacudió la cabeza y se esforzó por disfrutar de esa noche, ahora que casi nunca podía salir desde que Brenda había empezado el curso y vivía con él. Estuvo pasando el rato con los chicos, se pidió una cerveza y, cuando empezó a sentirse un poco agobiado, se despidió de ellos y salió de allí dispuesto a irse a casa dando un paseo tranquilo.

La brisa del verano aún flotaba en el ambiente.

Solo había recorrido una calle cuando escuchó unos pasos a su espalda. Se giró y vio que Hollie corría tras él. Deseó abrir los brazos y acogerla sin tener que decir nada, pero no lo hizo. Tan solo se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirándola.

—¿Qué quieres? —preguntó hosco.

—Nada. He pensado... dar un paseo.

—¿Y vas a dejar que tu chico vuelva solo a casa?, ¿qué pasa si se pierde? —Se burló.

—No es *mi* chico y ya se ha ido —aclaró.

—¿Por qué quieres dar un paseo conmigo?

Hollie empezó a ponerse nerviosa. En su cabeza, tenía el diálogo perfectamente estructurado y sabía exactamente lo que tenía que decir, pero cuando lo tenía delante no le salían las palabras, titubeaba bajo el escrutinio de esos ojos.

—Le he dado muchas vueltas y creo que deberíamos intentar ser amigos.

—¿Amigos? —Él la miró con incredulidad.

—Sí, ya es hora de enterrar viejas heridas y olvidar lo que pasó.

—¿Hablamos de lo del instituto o del hecho de que perdiste la virginidad conmigo?

Logan sintió una pequeña satisfacción al verla enrojecer. Se sacó una mano del bolsillo para revolverse el pelo mientras ella meditaba su respuesta, aunque ambos sabían que, cuando lo decía, se refería tan solo a lo que había ocurrido en el pasado.

—A las dos cosas —contestó dubitativa.

—Quieres olvidarlo todo... —consideró Logan.

—Y conseguir que seamos amigos. No solo por ti, porque creo que quizás has cambiado y que todos merecemos una segunda oportunidad. —Aquello captó de inmediato la atención de Logan, que la miró atento—. Sino también por Brenda. Me cae bien. Soy su profesora. Sería agradable no tener situaciones incómodas contigo...

Logan notó algo cálido en el pecho y suspiró hondo.

—Está bien. Amigos.

Le tendió la mano. Ella sonrió y la aceptó. Al tocar su piel, sintió un escalofrío. Caminó a su lado en un silencio incómodo. Logan no parecía interesado en romperlo, así que lo hizo ella.

—Brenda se está aclimatando bien.

—Eso parece —musitó él serio.

—¿Qué le ocurrió? —se atrevió a preguntar.

Él la miró de reojo con el ceño fruncido, sorprendido porque hubiese tenido el valor de hacerle esa cuestión tan abiertamente. Dudó, sopesando sus opciones. La recordó con ese tipo estirado hablando y hablando y hablando... puede que esa fuese

la diferencia; hasta ese momento, quitando cuando él había forzado para cenar pasta en su casa, no habían charlado apenas. Cogió aire.

—Es mi hermana por parte de madre —le recordó—. Yo la conocí hace diez años.

—¿A tu hermana? —Lo miró alucinada.

—Sí. Era consciente de que existía, pero estuve todo ese tiempo sin saber nada de mi madre. Yo vivía aquí, con mi padre y su novia —aclaró—. Así que, al cumplir los diecisiete años, cuando mi madre me pidió que fuese a California a vivir con ellas, pensé que sería algo bueno.

Ella tardó unos segundos en volver a preguntar.

—¿Y qué pasó entonces, Logan?

Él la miró tranquilo. Quizá no hubiese hecho lo mismo hace unos años, pero a aquellas alturas había superado todo eso; lo tenía más que asimilado. Sabía cómo eran las cosas. Ya no se engañaba pensando que, en el fondo, su familia era diferente.

—Pasó que en realidad solo quería que volviese a vivir allí porque su marido se había marchado sin mirar atrás y necesitaba que algún hombre se ocupase de ellas.

—Pero tú... tenías diecisiete años —recordó.

—No acabé el instituto. Me puse a trabajar. —Siguió caminando con la mirada clavada en la acera, consciente de la chica que tenía al lado—. Así que por si te lo estás preguntando, no, ni siquiera tengo el graduado escolar...

—¿Por qué iba a preguntarme algo así?

Hollie lo miró horrorizada. Se imaginó esa responsabilidad sobre sus hombros con tan solo diecisiete años y le entraron ganas de llorar. Fue a apoyar una mano en su hombro, pero él se apartó con suavidad, porque lo último que quería era su compasión.

—Pensaba que sí era importante para ti.

—Pues no lo es. —Hollie lo miró—. Cuéntame qué más pasó.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Trabajé durante años; en restaurantes, en cualquier cosa que encontraba y, al final, en un taller de coches durante los últimos años. Las mantuve a los dos como pude. Al menos hasta que mi madre empezó a enloquecer.

—¿A enloquecer? —gimió.

—Fue algo progresivo. Al principio culpaba a Brenda de vez en cuando de haber sido la causante de que su padre se marchase y las dejase a las dos, por no haber sido una hija lo suficiente prometidora. —Logan se rio sin humor—. Mi madre consumía calmantes, era adicta a ellos. Con el paso de los años se le empezó a ir de las manos. La atacaba constantemente. A mí también, pero podía soportarlo. Brenda, en cambio, empezó a sufrir ansiedad y taquicardias. Una vez, mientras estaba trabajando, me llamó la policía.

—Dios, Logan... —Hollie contuvo el aliento.

—No le quedaban calmantes, perdió el control y le dio una paliza a Brenda. Los vecinos escucharon los gritos y, por suerte, llamaron a la policía. Brenda tenía una costilla rota al caerse al suelo y todo el cuerpo y la cara lleno de golpes. —Hizo una pausa—. Y ese día tomé la decisión. Denuncié a mi madre por malos tratos y a

Brenda, al principio, se la llevaron los servicios sociales. Durante las siguientes semanas, tuve que pasar muchos controles y solicité ser su tutor legal. Es más complicado de lo que parece.

Hollie ni siquiera podía hablar, así que Logan continuó.

—Tracé un plan con una de las asistentes sociales. Les aseguré que aquí tenía una casa, cosa que es cierta; la heredé hace años, pero no es habitable y no tenía dinero para reformarla. Pensé que podría alquilar algo y sería lo mismo. Dije que me la llevaría al pueblo donde yo había crecido, un sitio tranquilo en el que ella pudiese pasar su último año. Les pareció una buena idea, hicieron un informe positivo y me concedieron la custodia. —Suspiró—. Así que me vine unas semanas antes para organizarlo todo, mientras ella seguía en el centro de menores. Y, por suerte, Ezra me dio un trabajo, porque lo necesitaba...

Hollie ni siquiera pensó en lo que estaba haciendo cuando se paró delante de él, interrumpiéndolo, y lo abrazó con fuerza. Logan se quedó congelado mientras sus brazos lo rodeaban, sin saber qué hacer, hasta que encontró el valor para corresponder el gesto y la retuvo contra él en medio de aquella solitaria calle de una noche cualquiera.

No volvieron a decir nada más.

Al separarse, ella lo acompañó hasta la puerta de su casa y se despidió de él dándole un beso en la mejilla que a Logan le quemó por dentro. Tardó un rato en dormirse esa noche, porque se quedó despierto hasta que Brenda llegó y porque no podía dejar de pensar en el abrazo inesperado que Hollie le había regalado.

Hollie aún no podía creerse que Logan la hubiese invitado a cenar a su casa. Se lo había dicho Brenda al terminar una de sus clases porque, en realidad, iban a celebrar su cumpleaños.

Cuando llamó al timbre, le abrieron enseguida.

Subió un poco insegura. Se había vestido con unos vaqueros y una camisa sencilla. Llevaba el pelo recogido en un moño informal del que escapaban algunos mechones. Logan la miró a conciencia mientras sujetaba la puerta antes de dejarla pasar.

—Entra, estamos terminando la cena.

Hollie lo siguió hasta la cocina, donde sonaba una música de fondo de la radio y Brenda estaba removiendo lo que había al fuego. Se fijó entonces en que Logan llevaba un delantal a juego, también de *Las Supernenas*.

—¿Qué te hace tanta gracia? —gruñó.

—Nada —respondió, pero no pudo evitar bajar la vista hasta el dibujo.

—Ah, esto. —Logan se miró a sí mismo—. Un regalo de *Doña Graciosa* —dijo mirando a su hermana de forma acusadora.

Brenda se echó a reír de golpe.

—Pensé que le quedaría bien.

—Le queda muy bien —opinó Hollie.

Logan farfulló una maldición por lo bajo antes de quitarse el delantal de un tirón y colgarlo tras la puerta. Hollie reprimió una carcajada y empezó a charlar con Brenda sobre la universidad y los próximos pasos que decía ir dando antes de la solicitud.

—Creo que prefiero Columbia —admitió.

—Es una gran universidad. —Hollie asintió.

—Seré una de esas periodistas que cubren las noticias de todo el mundo.

Ella sonrió ante el entusiasmo de la joven y la mirada orgullosa de Logan. Luego los ayudó a poner la mesa y cenaron en el pequeño salón. Estuvieron hablando de todo un poco y la situación no podría haber sido más relajada. Al acabar, Logan se retiró un momento y regresó con una tarta pequeña con velas encendidas que Brenda sopló tras pedir un deseo.

Hollie se fijó en el libro que estaba encima del sofá mientras masticaba.

—¿*La llamada de la selva*? —preguntó interesada.

Logan alzó la mirada hacia ella, un poco incómodo. Hollie no entendía como era posible que tuviese unos ojos tan impactantes; cuando se fijaban en ella, era como si la atravesasen.

—Sí. —Se encogió de hombros.

—Es su libro favorito. Lo lee todos los años —se inmiscuyó Brenda.

—¿En serio? —Hollie sonrió—. También es uno de mis favoritos.

Apartó la vista de él cuando no pudo soportar más ese cosquilleo que empezaba a subir por su tripa y que parecía reclamar su atención. Agradeció que Branda le diese algo de conversación y le hablase de sus películas preferidas. Se recomendaron unas cuantas después de ver que tenían gustos parecidos. Al llegar la hora de marcharse, Hollie se dio cuenta de lo mucho que su percepción había cambiado sobre Logan desde que él había vuelto al pueblo.

—¿No piensas acompañarla a casa? —le preguntó Brenda a su hermano.

—Yo... no pensé... —Él frunció el ceño.

—No es necesario —se apresuró a decir Hollie.

—Claro que lo es. Acompañaala. Solo será un paseo.

—Tienes razón. Espera a que coja la chaqueta.

Logan salió un minuto después y bajaron juntos las escaleras. Aunque aún era principios de otoño, durante las noches refrescaba más y la temperatura no tenía nada que ver con la calidez que vivían durante el día. Los dos caminaron en silencio.

—Gracias por la cena. Lo he pasado bien.

—Gracias a ti por venir —contestó él.

Cuando llegaron a su portal, Hollie se giró.

—Logan, siento haberte juzgado. El día que llegaste al pueblo, pensé que era el peor de mi vida. —Se rio sin humor—. No sabía lo equivocada que estaba. Yo di por hecho muchas cosas. Que habrías estado en la cárcel o que habrías tenido problemas... Lo siento.

Él cogió aire y se frotó el mentón distraído.

—No lo sientas tanto, Hollie. Puede que tuvieses razón en mucho. He cometido un montón de errores a lo largo de mi vida. Y también pasé una época mala...

—¿Qué quieres decir? —preguntó bajito.

—Salía mucho. Probé cosas que no debería haber probado —aclaró—. Quería olvidarme de la vida que tenía y de todas las responsabilidades...

Hollie le sonrió con ternura y él se estremeció.

—Lo entiendo. No está mal equivocarse, Logan. Lo que está mal es no darse cuenta de ello o ser incapaz de avanzar. Y tú lo has hecho. Deberías estar orgulloso de ti mismo.

Logan abrió la boca para responder, pero no encontró palabras antes de que ella se metiese en el portal y desapareciese, porque nadie la había dicho jamás algo así.

Faltaban unas horas para la boda cuando Hollie empezó a vestirse. Se puso el modelo que habían ido a comprar las tres juntas unas semanas atrás. Era de color verde clarito y se ajustaba hasta la cintura antes de caer con un poco de vuelo hasta la rodilla. Un vestido que pegaba con la boda al aire libre que iba a realizarse y que era cómodo y ligero.

Sonrió al mirarse en el espejo. Se sentía bien.

Salió de allí y subió en el coche para ir a recoger a su acompañante. Greg subió en el asiento del copiloto con una sonrisa. Le había sugerido que fuese con ella a la boda de su amiga varias semanas atrás, mientras almorzaban juntos en el instituto, y él había aceptado entusiasmado a pesar de que Hollie ya le había hecho saber que no esperaba de él una relación romántica. Se había dado cuenta de que no sería suficiente con el hecho de que se respetasen y se compenstrasen bien; buscaba algo más, un amor de verdad.

Condujo hasta la zona más cercana al tramo de río en el que iba a celebrarse la boda. Había un bonito arco decorado con rosas en medio de la hierba que crecía salvaje. Dejó allí a Greg con algunas personas que conocía del pueblo y se fue caminando hasta el rancho, que quedaba a unos diez minutos. Las mesas en las que iba a celebrarse el banquete justo delante de la casa, en el jardín, ya estaban dispuestas y preparadas para que, más tarde, se sirviese la comida. Subió los escalones hasta la segunda planta y llamó a la habitación principal.

—¡James, ni se te ocurra entrar! —gritó Katie.

—No soy James, soy Hollie. —Se echó a reír.

Abrió la puerta y le sonrió. Katie se llevó una mano al pecho mientras Katie le abrochaba los botones de la espalda del vestido y alisaba las arrugas que encontraba en la tela.

—¡Menos mal! Lleva toda la mañana intentando entrar. Creo que no entiende el concepto de que ver a la novia antes de la boda trae mala suerte.

—¡Estás preciosa, Katie! Mierda. Voy a llorar.

Parpadeó intentando no hacerlo para no arruinar todo su maquillaje, pero fue en vano. Amber le pasó rápidamente un par de servilletas. Katie estaba deslumbrante, delante de un espejo de cuerpo entero. Llevaba un vestido sencillo, de corte recto y tela bordada, con el pelo suelto y cayendo en ondas por su espalda, tan solo sujeto con una pequeña diadema de flores pequeñas. Era tal como había imaginado: bonito y cómodo.

—Ven aquí. —Katie se rio—. No llores, Hollie.

La abrazó y se quedaron unos minutos así, juntas.

—Eso, parad o lloraré yo también. Otra vez —protestó Amber.

—Sí y, además, la boda empieza en media hora. Deberíamos darnos prisa o es probable que James piense que vuelvo a intentar escaparme —bromeó nerviosa—. Vamos.

Las tres se dirigieron nerviosas hacia el tramo de prado en el que iba a celebrarse la boda. Cuando llegaron, como imaginaban, todos los invitados estaban sentados en sus respectivas sillas esperando la aparición de la novia. Katie sonrió cuando vio a James esperándola bajo el arco lleno de rosas y vestido con un traje sencillo que le quedaba como un guante.

A Hollie volvieron a entrarle ganas de llorar cuando siguió junto a Amber a la novia avanzando por el pasillo que había entre las sillas blancas. Sonaba una canción bonita de fondo y el día era soleado y tranquilo. Intentó contener las emociones cuando llegaron al final y se hizo a un lado dejándoles el protagonismo a los novios.

Katie le sonrió a James. Llevaba un ramo de margaritas en las manos y él tenía los ojos brillantes mientras la miraba con adoración. Hollie pensó que aquello era perfecto, lo que todo el mundo debería conseguir, encontrar a alguien que te mirase así.

Se pasó toda la ceremonia con la piel de gallina mientras escuchaba los votos. Después, delante de todas las personas que los querían, James se inclinó y besó a la novia. Bueno, más que besarla, la devoró hasta que empezaron a escucharse algunas risitas entre los invitados. Y acto seguido sonaron vítores y aplausos a su alrededor.

Hollie buscó a Greg entre la gente cuando la ceremonia terminó y todos emprendieron camino hacia el jardín del rancho donde habían colocado las mesas y se serviría el banquete. Greg le tendió su brazo, sonriente, y ella lo cogió antes de echar a andar.

Les acomodaron en la mesa más cercana a los novios.

Justo enfrente de Amber y Ezra.

Y... también de Logan Quinn.

Hollie había estado tan concentrada en la boda, en cada uno de los gestos de los novios y en no tropezar con los tacones que llevaba puestos, que ni siquiera se había molestado en echarles un vistazo a los invitados. Y, desde luego, no esperaba encontrarlo allí.

Le sonrió, aunque él estaba mortalmente serio.

—Has venido —dijo. No pudo evitar fijarse en lo bien que le sentaba esa camisa blanca, con las mangas un poco subidas y los primeros botones desabrochados.

Logan jugueteó distraído con el tenedor. Sus ojos se posaron en Greg antes de volver a fijarse en ella. Las últimas semanas se había sentido tan cercana a él que no reconoció a ese chico de gesto malhumorado.

—¡La boda ha sido preciosa! —exclamó Amber.

—Como todas las bodas. —Ezra se encogió de hombros.

—¿A qué cabeza se le ocurre eso? Hay bodas espantosas. Esta ha sido perfecta. Mi hermano y Katie han puesto el listón muy alto, así que voy a tener que esforzarme al máximo para ganar esta batalla. —Hollie sonrió al escuchar a su amiga. En cambio, su novio la miró horrorizado y respiró hondo antes de contestar.

—¿Estás convirtiendo nuestra boda en una competición?

—Claro que no. Solo quiero que sea la más alucinante del país.

—No sabes el miedo que me das —masculló Ezra.

El cáterin llegó en ese momento y, mientras les servían la sopa fría del entrante, Hollie era incapaz de apartar su mirada de Logan, que parecía que estuviese más en un funeral que en una boda. Su amigo Ezra pareció percatarse también y le dio un codazo suave.

—Hey, ¿qué demonios te pasa? —preguntó.

—Nada —gruñó Logan antes de coger la cuchara.

Hollie apartó la vista de él cuando Greg llamó su atención para decirle que la sopa estaba deliciosa. La animó a probarla y ella lo hizo antes de asentir enérgicamente con la cabeza y darle la razón. Greg enumeró entonces todos los beneficios de la calabaza.

—Es baja en grasas, ayuda a controlar el colesterol...

—¿También consigue que la gente cierre la boca? —soltó Logan.

—Errr... no. Creo que no. —Greg arrugó el ceño, confundido.

—Pues es una pena —masculló el otro.

Por suerte, el momento de tensión llegó a su fin cuando les sirvieron el segundo entrante. Amber y Ezra animaron la conversación y los brindis que se iban celebrando en honor a los novios calmaron el ambiente. Cuando llegó la hora del postre, tras darle un primer bocado a la tarta de chocolate y relamerse, Hollie se levantó para ir a los servicios.

Entró en la casa familiar y decidió subir al aseo de la segunda planta, que era al que siempre solía ir cuando estaba allí. Aún no había cerrado, cuando un pie se interpuso entre el marco y la puerta. Logan empujó la madera con suavidad y entró en el reducido espacio.

—¿Qué quieres? —Hollie arrugó la nariz.

—¿Lo que quiero...? Quiero muchas cosas —señaló Logan en un susurro peligroso mientras se acercaba a ella cada vez más. Posó cada una de sus manos en la pared de azulejos, acorralándola en medio. Hollie se estremeció al sentir su aliento cálido—. Quiero entender por qué has venido acompañada a la boda por el hombre más aburrido del mundo.

—Es un buen tipo —logró decir ella.

—No lo dudo. Pero no es para ti.

Logan apretó los labios tras decir eso en voz alta. Se sentía confundido y muy enfadado. Había dado por hecho que, después de aquellas semanas viéndose de vez en cuando, charlando y pasando ratos juntos, existía la posibilidad de que surgiese algo entre ellos. Esa posibilidad que había visto aplastada media hora atrás, cuando se encontraba entre los invitados y vio cómo ella se alejaba hacia la zona del banquete cogida del brazo de ese tipo.

—¿Y quién es para mí? —Lo desafió ella.

—Alguien diferente. Alguien...

Quería decir *alguien como yo*, pero no fue capaz, porque las palabras se le atascaron entre el miedo que le daba que ella lo rechazara. Hollie tragó, incapaz de

apartar la mirada de esos ojos verdes que la atravesaban. Sintió un vuelco en la tripa. Quería que él dijese *alguien como yo*, que diese el primer paso... porque ella ya lo había dado años atrás, dejándose llevar por lo que él la hacía sentir y llevándose un golpe duro para su autoestima.

Necesitaba que él admitiese que la deseaba.

Logan sacudió la cabeza y resopló.

—No lo sé, pero él no —sentenció.

Hollie lo miró desilusionada. Pensó en ponerse de puntillas y volver a poner en riesgo su corazón por la misma persona diez años después, eligiéndolo. También pensó en sacarlo de su error y contarle que Greg solo era un buen amigo desde hacía semanas. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Cogió aire y, por una vez, decidió quererse más a sí misma y a su orgullo, por pequeño que fuese.

—El problema es que no es asunto tuyo.

Él la retuvo cuando intentó marcharse.

—Sí que lo es. Somos amigos, ¿recuerdas?

—Los amigos no se inmiscuyen en cosas así.

—Yo sigo mis propias reglas. Y no lo quiero para ti...

*De hecho, no quiero a nadie para ti*, dijo una voz en su cabeza.

—Pues es una pena que no esté dispuesta a acatarlas.

La cogió de la muñeca al ver que se escapaba tras agacharse y salir de entre sus brazos. Tiró con suavidad hasta que su pecho chocó contra el suyo. Logan respiró hondo.

—¿No ves que solo me preocupo por ti? El chico que salga contigo tiene que ser alguien que consiga que se te disparen las pulsaciones, no que te aburras como una ostra. —Casi a cámara lenta, Logan deslizó los dedos por su cuello para tomarle el pulso que, en aquellos momentos, era desenfrenado—. Más o menos así —añadió en un susurro.

—Solo es porque me pones nerviosa... —gimió ella.

—También tiene que mirarte como si fueses única en el mundo —dijo mientras la miraba exactamente así, perdiéndose en sus bonitos ojos—. Y debe desear saberlo todo de ti, que le cuentes cualquier tontería que te ocurra durante el día... —Logan se inclinó hacia ella y dejó de tomarle el pulso cuando subió la mano y le rozó los labios con los dedos—. Y por supuesto, tendría que volverte loca cada vez que te besase.

—No estoy segura de a qué te refieres —lo desafió ella.

Logan tomó aliento con brusquedad y alzó una ceja.

—¿Me estás pidiendo otra clase de instrucción?

—Yo nunca te pedí esa...

No terminó de decirlo, porque él cubrió su boca con la suya y la devoró. Hollie gimió y se sujetó a sus hombros cuando notó que le temblaban las rodillas. Sintió el tacto suave de su lengua cuando acarició la suya y se dejó llevar por esas sensaciones que provocaban que el mundo girase a su alrededor y lo único sólido fuese él, Logan. Hundió los dedos en su cabello oscuro y él se frotó contra ella hasta que los dos jadearon ansiosos. Se separaron unos segundos para respirar. Hollie tenía la espalda apoyada en la pared y el torso de Logan pegado al suyo cuando se atrevió a volver a

formular la misma pregunta... y si él tenía el valor para responder que sí, estaba dispuesta a correr los riesgos que fuesen necesarios.

—¿Alguien como quién, Logan?

Él permaneció callado durante lo que pareció una eternidad; dudando, con el corazón acelerado y fuera de control y sin poder apartar la vista de ella...

Hollie supo entonces que no iba a responder.

Se separó de él despacio y abrió la puerta.

—Nos vemos abajo, Logan.

Él suspiró cuando la vio marchar y apoyó la frente en la pared fría de azulejos. ¿Por qué demonios no se había atrevido a contestarle que lo que ella necesitaba era estar con él? Quería intentarlo. Nunca otra chica le había gustado tanto. Nunca había hablado de su vida personal tan abiertamente como con ella. Nunca se había sentido tan tranquilo al lado de otra persona, como si Hollie calmase y apaciguase su lado más oscuro.

Pero no encontraba el valor... por miedo a perderla.

El resto de la ceremonia fue una tortura para él. Tenerla enfrente y ver que apenas le diría la mirada era un castigo que no estaba dispuesto a soportar. Cuando llegó a casa, se quitó la incómoda camisa y buscó una camiseta de manga corta y cómoda en el armario. Su hermana entró en la habitación mientras terminaba de ponérsela por la cabeza.

—¿Qué tal ha ido la boda? —Se tumbó en su cama.

—Bien —gruñó Logan malhumorado.

—Nadie lo diría por la cara que tienes.

—No me apetece hablar —admitió.

—Vamos, cuéntame lo que sea que haya ocurrido. Yo lo hago contigo. También porque me obligas, claro, pero intento abrirme.

Esa pequeña sabelotodo que tenía como hermana...

Logan se frotó la cara, aún enfadado, y se giró.

—Es Hollie. Me está volviendo loco.

—Te gusta. —Brenda no preguntó, solo afirmó.

—Ha ido a la boda acompañada por otro. Un idiota estirado.

—Será el profesor Greg. Son muy amigos. Es majó.

—¡No quiero que sea majó, Brenda! Quiero... que se mantenga alejado de ella —soltó.

—¿Y de qué serviría? Si, total, tampoco te atreverías a ir a por ella...

—¿Tú qué sabes? —farfulló enfadado.

—Porque has tenido muchas oportunidades y no lo has hecho.

Logan se frotó la cara, consternado, y respiró hondo. No estaba de humor para ponerse a discutir con su hermana después del día que acababa de pasar.

—Olvídalo, no es asunto tuyo.

—No, pero sé algo que tú no sabes.

Eso logró captar su atención. La miró.

—Suéltalo, *renacuaja*.

—A ella le gustas.

—Sí, pero solo para...

... *sexo*, pensó, sin llegar a decirlo en voz alta. No podía hablar de eso con su hermana. Él también podía leer el deseo en los ojos de Hollie, claro, pero era solo eso.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó más suave.

—Porque sí, porque sé cómo se comporta una chica cuando le gusta un chico.

—Hollie, esto no es como en el instituto y tú no tienes ni idea de...

—No me subestimes —lo cortó tajante—. Para el amor no importa la edad, son los mismos efectos: se sonroja, no puede dejar de mirarte, está pendiente de cada cosa que dices o haces, busca excusas para verte y... tiene ojos de enamorada.

—Deberías escribir novelas románticas. —Logan se echó a reír.

—¡Puede que lo haga! —exclamó Brenda sin dudar.

—Así que, según tú, le gusto. ¿Y si no es así?

—Pues te llevarás un rechazo y poco más.

—Claro, dicho así parece fácil...

A Logan solo le quedaba su orgullo. Durante años, era lo único que había tenido. Pensar en la idea de que Hollie pudiese pisotearlo o mirarlo como si no fuese nada, le encogía el alma. Aún recordaba cómo se había sentido al oírla hablar de él en la cafetería cuando ni siquiera le importaba de verdad y escuchó ese *ni siquiera creo que tenga corazón*.

Cogió aire e intentó tranquilizarse.

—Si estás dispuesto, te ayudo.

—No lo entiendes, Brenda. Tú no conoces toda nuestra historia.

—Pues cuéntamela —pidió.

—Me odiarías... —No quiso mirarla.

—Claro que no. Eres el mejor hermano del mundo. Te adoro, Logan. Nada cambiará eso.

Puede que fuese por la sinceridad que escondían las palabras de su hermana, pero Logan terminó por sentarse en la cama, a su lado, cogerla de la mano y relatarle toda la historia. Cómo fueron sus años en el instituto, cuando él era un idiota que se juntaba con la gente equivocada y se dedicaba a meterse con los demás solo para camuflar así sus propios miedos e inseguridades. El baile de fin de curso. Y lo que vino después, cuando llegó al pueblo y ella lo miró como si fuese el mismísimo demonio en persona...

—Lo que hiciste estuvo mal... —le reprochó Brenda.

—Ya lo sé, de verdad... —Había arrepentimiento en su voz.

—Pero has cambiado. —Logan asintió con la cabeza—. Te mereces ser feliz, porque llevas años ocupándote de asuntos que no te corresponden, como encargarte de mamá o de mí.

—No vuelvas a decir eso, Brenda.

—Creo que se me acaba de ocurrir un plan.

Brenda sonrió y Logan supo que a esas alturas haría cualquier cosa, por descabellada que fuese, para conseguir que Hollie estuviese dispuesta, al menos, a tener una cita con él.

Hollie llevaba toda la tarde trabajando en ello junto al resto de los profesores para que la fiesta del baile de otoño fuese perfecta. Se habían quedado algunos alumnos delegados a colaborar y unos cuantos padres que tenían la jornada libre. El gimnasio del instituto no tenía nada que ver con lo que era normalmente. El escenario estaba iluminado. Del techo colgaban guirnaldas blancas y todo estaba decorado con motivos otoñales; hojas, calabazas y piñas.

Sonrió satisfecha tras ver el resultado final y pensó que los chicos se lo iban a pasar en grande durante el baile. Sabía que, a esas edades, aquella noche era mágica para muchos de ellos, la única en la que sus padres les dejaban salir hasta más tarde y podían pasárselo bien con sus compañeros sin tantos límites.

Hollie colocó bien una calabaza antes de dar su trabajo por finalizado y marcharse a casa. Acababa de llegar cuando llamaron a la puerta. Abrió, con la coleta a medio deshacer, pero no encontró a nadie. Allí, en el suelo, tan solo había una caja rectangular con una nota encima. Hollie frunció el ceño, la cogió y volvió a entrar en casa.

La dejó encima de la cama antes de abrirla.

Dentro había un bonito vestido de color azul.

El tono era similar a uno que recordaba muy bien y que se había enfundado diez años atrás en una noche parecida, pero se quitó esa idea de la cabeza en cuanto vio la nota.

Querida profesora Hollie,

Gracias por la bienvenida que me diste.

Espero que te guste tu regalo...

Brenda Fisher.

Hollie sonrió emocionada y respiró hondo.

Esa chica era encantadora. Y, además, le recordaba mucho a ella misma. Estaba acostumbrada a recibir regalos de sus alumnos; tazas, libros, bombones, flores..., pero aquel vestido era sin duda excesivo, pensó mientras lo sacaba de la caja para poder verlo bien.

Sin embargo, no quería herir sus sentimientos, así que, tras darse una ducha, se lo puso. Le quedaba como un guante. Se dejó el pelo suelto y con algunas ondas y

cogió su bolso de mano antes de salir de casa y acercarse en coche hasta el instituto, que quedaba al otro lado del pueblo. Cuando aparcó en la calle de delante, descubrió que ya había llegado mucha gente.

Entró con una sonrisa. Las luces tenues y anaranjadas iluminaban el recinto y los alumnos que ya estaban allí reunidos comían los bocadillos y los sándwiches que habían preparado mientras bebían ponche o limonada. Hollie se acercó a los demás profesores.

—Estás preciosa —le dijo Greg sonriente.

—Gracias. No iba a arreglarme tanto, pero...

—Nada de *peros*, deberías hacerlo más.

Le sonrió a Greg y luego conversó un rato con los demás mientras la estancia se iba llenando y la música sonaba cada vez más alta, conforme comenzaba la velada. Pronto, pasada media hora, el recinto estaba casi completo y las mesas de comida medio vacías. Algunos alumnos empezaron a animarse a bailar en el centro de la pista.

Hollie lo observaba todo desde una esquina, feliz viendo el resultado final. Reprimió un suspiro soñador tras ver a tantos alumnos bailando acaramelados por primera vez. No se dio cuenta de que alguien se acercaba a ella por detrás hasta que ese alguien posó una mano en su hombro. Se giró con lentitud y, al verlo allí, vestido con un traje de etiqueta, se quedó de piedra. Parpadeó confundida.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Logan la miró tan fijamente que ella tembló.

—Pensé que... te debía un baile de verdad.

Hollie notó que se le encogía el estómago. No quería su pena, ni su culpa, ni su arrepentimiento ni su compasión. Ya no quería nada de todo eso que había esperado cuando apareció meses atrás. Ahora solo lo quería a él. Tan sencillo como eso...

—No me debes nada, Logan —susurró.

—Sí. Mírame —pidió cuando vio que agachaba la cabeza mientras negaba—. No lo hago solo por ti, también por mí. Porque quiero bailar contigo. Quería hacerlo aquel día. Te lo digo en serio. Aún recuerdo lo que hablamos y... todo.

Hollie intentó no emocionarse y alzó el rostro.

—¿Qué recuerdas? —le preguntó.

—Me dijiste que te gustaban los caracoles.

Ella estuvo a punto de llorar. De llorar y de reír a la vez.

—¿Esa reacción extraña significa que bailarás conmigo? —preguntó él.

—Supongo que no me hará daño un baile de nada.

Él le colocó detrás de la oreja un mechón de pelo.

—No te hará daño nada nunca más, Hollie.

Ella se estremeció ante esa promesa y lo siguió cuando la cogió de la mano y la guio hasta el centro de la pista. Algunos alumnos la miraron de reojo al principio, pero luego rápidamente volvieron a sus asuntos y dejaron de prestarle atención; sobre todo, porque no era la única profesora que estaba bailando. Greg parecía ocupado con Margaret, la profesora de música, y dos compañeros que se habían casado un año atrás también se movían por la pista entre sonrisas.

Hollie cogió aire y posó su mano en el hombro de Logan mientras él la sujetaba por la cintura. A pesar de que había estado desnuda delante de él, de todo lo que había ocurrido entre ellos durante años... fue como si lo viese por primera vez. Estaba guapísimo. Llevaba el pelo desordenado, como siempre, y algunos mechones oscuros caían por su frente. Sus ojos, de aquel verde intenso con el que Hollie ya estaba familiarizada, estaban clavados en ella como si no existiese nada más interesante que mirar en el mundo. Y sus labios, entreabiertos y suaves... Hollie se contuvo para no besarlos.

Bailaron un rato en silencio, sin decirse nada, tan solo disfrutando de la compañía, de la música y de sus cuerpos meciéndose al mismo ritmo por la sala.

—¿Esto ha sido idea de Brenda? El vestido, el baile...

—Es una chica muy imaginativa —contestó Logan.

—Ya veo. Y tú... ¿querías hacerlo? —preguntó.

—Claro, ¿por qué dudas?

—No lo sé.

Él la sostuvo por la barbilla.

—Pues no lo hagas.

—Lo intento...

—¿Confías en mí? —preguntó serio.

Ella tragó antes de atreverse a contestar.

—Sí —dijo muy bajito.

—Vale, porque creo que ha llegado la hora de que sea sincero contigo y necesito que me creas... —La miró nervioso—. Yo siento algo..., algo especial, por ti. Ni siquiera sé ponerle nombre, porque nunca antes me había ocurrido nada así, no de esta manera. Y lo único que sé es que quiero intentarlo.

Hollie vio el terror en sus ojos.

—¿Intentarlo?

—Quiero estar contigo —soltó por fin.

Fue como si se quitase un peso enorme de encima, una carga que llevaba arrastrando demasiado tiempo. No solo por el hecho de confesarle que sentía algo por ella, sino porque Logan nunca se había permitido amar a alguien.

La notó temblar entre sus brazos.

Antes de que pudiese hacer o decir algo, Hollie se soltó de su agarre y cruzó la pista de baile corriendo. Logan se quedó quieto unos segundos, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir, hasta que todos los músculos de su cuerpo le pidieron que fuese tras ella.

Fuera, el aire de la noche era templado.

La encontró en la esquina de la calle.

—Hollie... —Paró antes de llegar a ella—. ¿Qué ocurre, nena?

Intentó que su voz sonase suave al verla tan nerviosa.

Se dio cuenta de que lloraba cuando ella alzó la cabeza.

—Es que... me ha entrado pánico...

—Cuéntamelo. Habla conmigo.

—¡No lo sé! Por un momento imaginaba que yo te confesaba que estaba enamorada de ti y después tú, todos en el gimnasio, empezabais a reiros y yo... sé que es una locura.

—No lo es. Pero eso no va a ocurrir.

Logan dio un paso hacia ella, despacio, acortando la distancia que los separaba.

—¿Y si todo sale mal? Nunca he tenido una relación...

—Yo tampoco. —Él intentó no echarse a reír.

Dio otro paso hacia ella y la cogió de la mano.

—Podría ser un desastre. Hace unos meses, te odiaba...

—Hace unos meses yo ni siquiera imaginaba que terminaría asistiendo a un baile de otoño con un traje y haciendo el ridículo delante de todos para bailar con la chica más guapa de la fiesta. —Él le quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo del pantalón antes de limpiarle los ojos con suavidad—. Pero la vida es así, imprevisible. Y sé que da miedo dejarse llevar...

—Yo también quiero estar contigo.

Logan no pudo decir nada más, porque ella se puso de puntillas, le rodeó el cuello con las manos y lo besó. Un beso solo para él, cálido, suave y lleno de promesas. La sujetó por las caderas y la apretó más contra él, con el pecho lleno de felicidad por tenerla así.

—Creo que el baile podrá esperar... —le susurró.

—¿Estás seguro? —Hollie le dio otro beso.

—Muy seguro. Tengo a una adolescente entretenida durante unas horas ahí dentro y pienso aprovecharlas muy bien —ronroneó seductor y, luego, consiguiendo que Hollie soltase un gritito asustado, la cargó contra su hombro sujetándole la falda del vestido con la otra mano y se encaminó hacia el apartamento en el que ella vivía con una sonrisa.

## EPÍLOGO

### (Un año más tarde)

—¡Está embarazada otra vez! —gritó Ezra consternado

—Ya te hemos oído. —Logan se echó a reír y James lo acompañó.

—¡No os riais, joder! —Ezra le dio un trago a su cerveza—. Juré que no volvería a casarme y estoy casado. Juré que no tendría hijos y viene el segundo en camino. Juré que no la dejaría tener mascotas en casa y vivo con un gato, dos perros, una tortuga y...

—Ezra, te hemos entendido a la primera. Que eres un *calzonazos* con mi hermana, no le des más vueltas —se burló James antes de que el corrillo de risas se alzase de nuevo.

—Mira quién fue a hablar. —Ezra puso los ojos en blanco.

—¿Qué insinúas? —James frunció el ceño.

—Chicos, la conversación es muy interesante, pero creo que me voy ya —dijo Logan levantándose y dejando un par de billetes en la mesa—. Se me han pasado los nervios con esa copa, así que, gracias —añadió.

—¡Aún estás a tiempo de salvarte! —gritó Ezra mientras él se alejaba.

Logan sacudió al cabeza e intentó no volver a reírse. Salió de allí y se alejó caminando calle abajo. Era una noche cálida de verano y él solo podía pensar en la chica que lo estaría esperando en casa y en lo que llevaba en el bolsillo del pantalón. Sonrió al recordar el día infernal que había pasado en la tienda acompañado por Katie, Amber y su hermana Brenda. Lo habían vuelto completamente loco señalando todos los anillos del mostrador, discutiendo entre ellas sobre cuál le gustaría más a Hollie y consiguiendo que la dependienta las tachase de dementes. Agobiado, Logan les había dicho que ya las llamaría otro día y había tomado la decisión de irse él solo a comprarlo un sábado por la mañana. Al fin y al cabo, era su chica y nadie mejor que él la conocía lo suficiente como para saber qué le gustaría; algo sencillo, pero también que la hiciese sentir poderosa, especial, única.

Había recorrido más de doce tiendas para dar con ello.

Cuando la posibilidad del rechazo pasó por su cabeza, la descartó a un lado rápidamente y siguió caminando hacia el apartamento. Brenda había conseguido entrar en la universidad de Columbia y se había mudado allí unos meses atrás, aunque Logan ya había ido a visitarla varias veces, porque no soportaba la idea de tenerla lejos y no podía evitar preocuparse. Así que, desde entonces, Hollie y él habían empezado una vida en común. Juntos.

Logan adoraba despertarse cada mañana a su lado, desayunar con ella y hablar de cualquier cosa en la mesa de la cocina, antes de que se despidiesen con un beso y

se fuesen cada uno a trabajar. Y volver a reunirse al anochecer, hacer la cena juntos, leer un rato en la terraza mientras tomaban algo y luego hacerle el amor hasta que ella gemía su nombre en la oreja y él se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Cuando llegó a casa, la encontró en la cocina.

La abrazó por detrás y le dio un beso en la nuca.

—¿Qué tal el día, preciosa? —susurró seductor.

—Decepcionante. Había comprado algo para ti y esperaba que estuvieses en casa cuando he llegado, pero no. —Chasqueó la lengua.

—¿Algo para mí? Dámelo.

—No es una cosa que pueda darse.

—Esto se pone interesante... —Logan sonrió.

Hollie se sonrojó un poco antes de bajarse el pijama del pantalón para enseñarle unos centímetros de la nueva lencería que se había comprado unos días atrás. A pesar de que había cogido mucha más confianza en sí misma, seguía sintiéndose un poco insegura.

—Déjame ver eso mejor. —Logan rozó con el dedo el borde de la ropa interior de encaje y contuvo el aliento cuando notó que se le disparaban las pulsaciones—. ¿Te has propuesto volverme loco? Tenía que hacer algo y ahora solo pienso en desnudarte...

Le dio un mordisquito en el cuello y ella se echó a reír.

—¿Qué tenías que hacer? —preguntó besándolo.

—Uhhh, a cambio de una prenda. Quítate la camiseta.

Ella lo miró fijamente, cogió el borde de la camiseta del pijama y se la sacó por la cabeza, quedándose solo con ese sujetador rojo a juego. Tragó porque tenía un nudo en la garganta, pero se disolvió en cuanto vio el deseo en los ojos de Logan.

Él se metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Vale. Yo ya he movido ficha. Ahora los pantalones.

Hollie lo hizo. Se los bajó despacio y los dejó hechos un lío a sus pies antes de dar un paso al frente, hacia él. Logan notó que le corazón le latía más deprisa conforme la contemplaba, tan preciosa, tan lista y tan maravillosa, solo para él...

Sacó la mano del bolsillo del pantalón conforme de arrodillaba delante de ella. Hollie ahogó una exclamación al ver la cajita de terciopelo azul oscuro que abrió. Un anillo sencillo brilló entre la seda blanca que lo protegía.

—Dime que sí... —susurró Logan.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo en ropa interior?

—No me imagino una manera mejor de hacerlo, porque si respondes lo que yo espero que digas... pienso cogerte, llevarte a la cama de inmediato y lamerte de arriba abajo.

Hollie se estremeció ante lo que prometían sus palabras. Y luego se echó a reír, feliz, y se agachó a su lado para poder besarle y hundir los dedos en su pelo. El la abrazó, pegándola a su cuerpo y respirando contra su boca.

—Estás loco de remate, Logan.

—Pero te quiero —replicó él.

—Y yo también a ti. —Lo miró con ternura.

—Responde a la pregunta... —rogó.

—Sabes que sí, tonto. Siempre sí.

Él dejó escapar el aire que había estado conteniendo y la besó como si necesitase saborearla por primera vez, hundiendo la lengua en su boca, posando una mano en su nuca y trazando círculos con el pulgar sobre su mejilla mientras memorizaba aquel momento para siempre.

Tal como había prometido, la cargó en brazos.

Avanzó despacio hacia el dormitorio. La dejó en la cama, tendida boca arriba, y se quitó los zapatos justo antes de llevarse las manos al cinturón y sonreírle seductor.

—Y ahora, Hollie, creo que ha llegado el momento de darte tu primera clase de instrucción para mujeres felizmente prometidas y enamoradas. ¿Estás preparada?

Ella volvió a reír y luego se perdió en su mirada verde.

—Más que preparada. Estoy deseándolo. —Le sonrió.

Logan soltó un gruñido contenido antes de apagar las luces del dormitorio y dejar que sus cuerpos encendiesen todo lo demás entre las sábanas.

**FIN**

## Ya a la venta...

“La promesa de un beso”

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



## Ya a la venta

“La distancia entre dos besos”

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



## Ya a la venta

“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.

